

LA JOVEN EUROPA

HOJAS DE LA EUROPA ACADÉMICA COMBATIENTE

1943

CUADERNO 1/2

ÍNDICE

<i>Joseph Görres:</i>	Palabras dirigidas a las naciones de Europa
<i>Dr. St. Karadjoff, Sofía:</i>	Las ideas comunes de las naciones jóvenes
<i>Lucio Herranz del Nogal, División Azul:</i>	Ser soldado
<i>Teniente León Degrelle, jefe de los rexistas:</i>	Sobre la lucha de los rexistas
<i>León van Huffel, Bruselas:</i>	Los portaestandartes de la nueva época
<i>Sargento Dr. Gino Fumagalli, ejército italiano:</i>	La fisionomía del continente europeo
<i>Dr. Rolf Bongs, frente del Este:</i>	La confirmación del arte en la guerra
<i>Dr. Hans Kläui, St. Gallen/Suiza:</i>	El camino hacia la nueva unidad de vida
<i>Carlos Ma. R. de Valcárcel, Madrid:</i>	Los Españoles...
<i>Niels Bjertnes, Bovrup/Dinamarca:</i>	El mito de la historia
<i>Andreas Mecsér, Budapest:</i>	Pan para Europa
<i>Ministro del Reich Wilhelm Ohnesorge:</i>	El correo al servicio de Europa
<i>Constantin Constantinoff, Sofía:</i>	Diplomacia nueva con espíritu nuevo
<i>Prof. Luis le Fur, Paris:</i>	El Derecho Internacional
<i>Donoso Cortés:</i>	La fuerza de la idea política.
<i>Nicolai Frederik Severin Grundtvig:</i>	Vida y ciencia
<i>Friedrich von Gentz:</i>	Sobre la libertad 1792
<i>Emperador Julián:</i>	Visión de un gran soberano
<i>Carl Gustav Carus:</i>	El imperio de lo inconsciente
<i>Epiktet:</i>	La orden interior

EDITOR: INTERCAMBIO ACADÉMICO CULTURAL

IVO BEUCKER: «OBRA Y ARMA»



PALABRAS DIRIGIDAS A LAS NACIONES DE EUROPA

EN LA GRAN LIGA-DE-ESTADOS DE EUROPA ES PRECISO MIRAR A CADA NACIÓN COMO AL MIEMBRO DE UNA FAMILIA. CADA UNO DE ESTOS MIEMBROS POSEE GRANDES DERECHOS PERO TAMBIÉN DEBERES IGUALMENTE GRANDES PARA CON LOS DEMÁS MIEMBROS.

EL OBJETO DE LA GRAN LIGA DE POTENCIAS DE EUROPA ES EL SIGUIENTE: ACARREAR TAL ESTADO DE COSAS QUE A TODOS QUEDE ASEGURADA UNA PAZ SÓLIDA Y DURADERA.

EL PORVENIR DE EUROPA PROSEGUIRÁ LA EVOLUCIÓN QUE SE DESARROLLA EXIGIENDO POR UN LADO PRONTA CONCLUSIÓN DEL PROCESO DE DESMORONAMIENTO COMENZADO Y LLEVANDO POR EL OTRO LA TRANSFORMACIÓN COMENZADA A SU PLENA MADUREZ. PARA LA CONTEMPLACIÓN ATENTA SE EVIDENCIARÁN CADA VEZ MÁS LOS PRINCIPIOS DE UN NUEVO ORDEN QUE QUIERE PLASMARSE Y LAS ENERGÍAS PLÁSTICAS SE MANIFIESTAN POR SU OBRA CADA VEZ CON MAYOR CLARIDAD A LA LUZ DEL DÍA.

**JOSEPH GÖRRES
POLÍTICO ALEMÁN
(1776—1848)**

Las ideas comunes de las naciones jóvenes

En una época en la que el mundo arde con las llamas de un incendio ináudito y los mejores hijos de la humanidad se encuentran en una lucha gigantesca es bastante difícil darse cuenta de las ideas sobre las que mañana se ha de erguir lo nuevo. Dados los grandes problemas en el fondo de este conflicto siempre existe el peligro de devenir un observador superficial o de tratar de solucionar demasiado fácilmente cuestiones difíciles y complicadas. En esto aun es agravante el hecho que cada cual sea participante directo en estos sucesos. Todavía no poseemos el distanciamiento necesario de los acontecimientos.

Pero a pesar de esto el hombre quiere saberlo todo. Por su naturaleza la mirada del hombre está dirigida hacia el porvenir. Más o menos se esconde dentro de cada ser humano el secreto del día de mañana. ¿Qué nos traerá? Ese es el problema del que se han ocupado siempre los pensadores y los eruditos. Hasta el hombre más primitivo que por la mañana temprano mira hacia el cielo siente en su corazón anhelante de vida la pregunta: ¿Qué nos traerá el día? Creo que cada cual está absolutamente convencido de ser testigo de algo *nuevo*. Todos los pensamientos están concentrados en esto.

¿Pero qué es lo que nos da lugar a esperar de este modo a un nuevo orden del mundo? ¿Es realmente posible un mundo mejor o debemos confesar como los pesimistas que la vida humana terrestre es un conjunto de sufrimientos? ¿En qué base se construirá al mundo nuevo?

La justicia social

La historia de la humanidad no conoce época en la que no hubiese habido ninguna lucha y ningunas divergencias. Desde que existen los hombres se hallan en lucha eterna la oscuridad y la luz, la justicia y la iniquidad, la vida y la muerte. Siempre hay hombres que oponen Cristo a los infieles; una comunidad que hacía profesión contra Aristides porque estaba cansada de ser llamada justa; un tribunal que condenaba a Sócrates porque predicaba la justicia. Pero el concepto en el que se basa la mayor parte de la

historia universal, de la lucha humana, de la iniciativa intrépida, del espíritu de sacrificio, el concepto en cuyo nombre se forman los movimientos sociales, ese concepto es *la justicia social*. Este problema predomina en todos los Estados y en todas las épocas. Más o menos es la base de toda lucha, de toda revolución, de toda guerra. Esa es la comprensión lógica de todo hombre que lleve en si el núcleo de un perfeccionamiento espiritual continuo y la inclinación hacia lo bello y lo bueno. Por eso cada uno siente que la injusticia ofende, oprime al hombre, que despierta el odio, que pide venganza. En cambio la justicia es el campo de acción de los proyectos más nobles y audaces, entusiasma y justifica todos los sacrificios, a la lucha le otorga el espíritu y al combatiente lo transforma en apóstol.

En este sentido cada guerra atrae al que desea vivir y crear, la guerra que proclama una justicia mayor y por la que se ha de instituir un orden basado en justas relaciones interestatales y en un justo derecho internacional. Una guerra así deviene por lo tanto guerra social.

Pero surge la cuestión, hasta qué punto la guerra actual es una guerra social.

Supongo que nadie negará que esta guerra se distingue de todas las guerras que hemos conocido hasta ahora.

Tiene un distintivo particular: como *guerra total* repercute en la vida cotidiana y en *todas* las instituciones espirituales, políticas y económicas de los hombres. Es una guerra de las naciones jóvenes que no tienen nada contra las que lo poseen todo; además no es solo una explicación militar sino también una explicación espiritual cuyo nuevo concepto de la vida es la condición para crear los valores supremos, contrastando con el concepto plutocrático basado en el capitalismo. Mientras que las naciones jóvenes de Europa hacen la guerra con conciencia neta de hacerla por la justicia Inglaterra y sus aliados quieren conservar un status quo que tendría que ser una manifestación eterna de injusticia y de supresión. En oposición al mundo anglosajón que únicamente reconoce a los intereses materiales como base de la vida las naciones jóvenes proclaman el *derecho a la vida*. Con otras palabras: mientras que un lado enaltece al materialismo luchando por él, las naciones jóvenes de Europa intervienen en favor de lo *espiritual*.

Con eso llegamos a otra diferencia entre las dos ideologías: mientras que la anglosajona mira al capital como lo más importante, las naciones jóvenes atribuyen la mayor importancia a los *hombres*. Para Alemania e Italia lo mismo que para sus aliados

únicamente son autoritativos los principios *éticos*. El hombre no solo es un elemento de la producción como quiere caracterizarlo el militarismo de Bentan o el liberalismo de los ecónomos ingleses sino es un *creador* consciente. Tampoco es aquella máquina mecánica en la que lo transforma el bolcheviquismo. Por eso el nacionalsocialismo y el fascismo *rehabilitan* al hombre que no puede ser calificado de mercancía, según sostiene Kobden.

Un lado cobija a los políticos pagados, a los especuladores saciados, a los representantes de todas las bolsas, en el otro lado se encuentra el deseo de *fe*, de *seguridad* y de *disciplina*. En un frente se premia y se atiende a los traicioneros, mientras que en el otro devino centro de la vida la idea de la comunidad que une también a los que hasta ahora se mantenían apartados.

Mientras que para los unos la guerra es un «buen negocio» en los otros la sangre sacrificada fortalece al *espíritu de solidaridad europea*. Ya hoy en día cada cual está en condiciones de ver al nuevo *edificio espiritual de Europa* que luce también a través de las crueldades de la guerra actual. ¡Basta que sintamos el odio que los otros manifiestan a Europa! Entonces comprendemos que realmente se forma una nueva Europa unida. Esta Europa es temida por todos los que han comprendido que su riqueza espiritual y su cultura la destinan para potencia espiritual dirigente.

La idea del conjunto

Bajo las cargas pesadas de privación política, moral y económica que desde la primera guerra mundial oprimían a toda Europa nació dentro de las naciones pobres la idea de un nuevo orden que lleve sus distintivos esenciales propios. Como la Hólada está caracterizada por su culto de la belleza, Roma por sus instituciones jurídicas, la edad media por su mística y el Renacimiento por el despertamiento del clasicismo, después del vencimiento del liberalismo la nueva Europa sobresale por su *idea del conjunto* por la que se reconoce a la nación como *unidad* moral, política y económica en la que los intereses opuestos del individuo tienen que hacer lugar al bien común y en la que *el trabajo para la comunidad y la solidaridad ocupan el primer puesto*. Donde hasta ahora los individuos se hallaban en conflicto la paz celebra su victoria; en los talleres en los que dominaba la lucha se crea el compañerismo; los gremios agotados en discordias inútiles son aunados.

El sistema de la distribución de los bienes reconocerá al *mérito*, al *derecho* y a la *necesidad* manifestándose en una justicia social superior.

La conciencia social

Para el Estado los individuos no solo poseen un valor material sino también un valor espiritual. Aunque sus tareas coincidan con las del Estado conservan su autonomía, su iniciativa propia y forzosamente también su responsabilidad. En este sentido el hombre no podía ser nunca alguna parte de una máquina enorme que formaba el Estado, según fué afirmado por el concepto materialista. Por el otro lado tampoco podía ser ninguna parte aislada movida por las leyes del egoísmo que se esfuerza por hallar el camino para alcanzar sus propios fines. ¡No! Bien tiene el hombre por naturaleza el derecho de obrar libremente y según su propia iniciativa porque de este modo puede desarrollarse lo mejor posible. Puede elegir los medios de su trabajo, puede ejercer el talento que Dios le haya dado; pero precisamente por eso depende de la ley de la *responsabilidad*. La responsabilidad crea para él *obligaciones frente a su propia obra*, frente a la justa distribución de los bienes, frente a su familia, frente a la vida común en la que todos se sienten a gusto pudiendo llevar una existencia decente. La falta fundamental y esencial de todos los sistemas políticos que hubo hasta ahora no consistía en el hecho que el liberalismo miraba al hombre como a un ser independiente o que el bolcheviquismo le negaba completamente su personalidad, sino en la negación del *valor* de su acción. Se hacía creer al hombre que estuviese comprometido en la miseria del mundo, en la distribución injusta de los bienes, en las lágrimas de los desgraciados.

De este modo fué desequilibrada *la conciencia social*.

La conciencia social hace avalorar todo de un modo nuevo; donde haya despertado no podemos ni abusar de nuestros bienes a costa de los demás ni abandonarlos a la arbitrariedad. Podríamos enumerar muchos pensadores que dieron al mundo bienes universales, pero cuyos frutos fueron explotados por un mundo egoísta que había descubierto en ellos una fuente de enriquecimiento. Es imposible admitir que todos los inventores desapasionados que día y noche se ocupan en los laboratorios de sus fórmulas químicas y en un trabajo incansable investigan la ley de la naturaleza para descubrir su misterio se imaginen que todo esto pudiese servir al enriquecimiento personal de otros. Pues solo por esto se destruiría a todo arranque idealista. Las naciones jóvenes también vuelven a despertar a la conciencia social de las naciones lo mismo que a la de los individuos que se había entumido en el pasado.

La cadena de las generaciones

Ya lo decíamos: Los hombres no viven aislados; no pueden vivir aislados. Por su impulso natural de asegurarse el pan, de crearse

un hogar despliegan una actividad que los relaciona unos con otros. Pero también habíamos añadido: no deben desplegar ninguna actividad que paralice a la actividad de los demás y que el más fuerte pudiese aprovechar para derrocar al débil.

Por lo demás desde hace siglos los hombres tuvieron que realizar *tareas comunes*: tenían que construir carreteras, ciudades, pueblos, colegios, hospitales etc. Precisamente en esto reconocemos la importancia del Estado. Pero este Estado no ha de ser cualquier idea abstracta o un inspector. Tampoco debe hacer desaparecer a los individuos como personalidades formando con ellos una masa gris, un rebaño en el que falta toda iniciativa personal. El Estado tiene obligaciones claramente determinadas: su tarea principal es una función terminantemente social que por un lado reúne a los distintos compatriotas y a las distintas ocupaciones, satisface a los gremios en nombre del bien común y crea al compañerismo nacional, mientras que por el otro lado el mismo apoya activamente a los distintos compatriotas, crea los bienes para el bien común y pone de manifiesto a los *valores eternos de la nación*.

Las generaciones se suceden; cada hombre que nace lucha su vida, crea valores nuevos, procrea sus descendientes y se muere. Pero ya en el primer día de su vida el mismo no se siente aislado sino algo grande y eterno lo liga con el pasado. Incluso se siente estrechamente unido con el presente aunque su vida esté colmada de sufrimientos y en su alma surjan ideas de rebelión y a veces de odio. No puede excluirse de aquel destino que domina también a todos sus prójimos. Con ellos le unen la lengua común, la cultura común, las experiencias y los sentimientos comunes; incluso diríamos: la *tierra* con su hermosura. No solo esto: la mirada puesta en el porvenir, lleno de una esperanza de felicidad siente en los días más avanzados de su vida, al abandonarle sus últimas fuerzas, que en las profundidades de su alma suenan tonos que armonizan con los de la nación entera, que por eso no pueden perderse y caen en parte a las generaciones venideras. En esta hora decisiva le satisface únicamente la seguridad que seguirá viviendo en el recuerdo, *que su obra será continuada también en el porvenir*. ¿No era ese el sentimiento emocionado que le dió la energía a Paisii para hojear los antiguos libros de historia y buscar el hilo eterno que en tempestades y sufrimientos vinculaba a la nación búlgara? ¿No era ese el sentimiento que animaba a Boteff y le prestaba a esa alma turbulenta la seguridad interior aun delante de la horca? El mismo sentir le dió a muchos combatientes y reformadores y a miles de héroes desconocidos la fortaleza y el idealismo para morir con la *mirada creyente puesta en el porvenir*,

para saber cumplir con su deber no solo por el momento sino frente a la historia entera de su nación al seguir viviendo en sus hijos por el espíritu del sacrificio propio.

El Estado y la personalidad

Todos los portadores de la cultura, los defensores de la patria, los combatientes por la justicia sienten en la vida, en el sufrimiento y en la fe su deber frente al conjunto y frente a la eternidad de su nación, porque no les es indiferente si la nación perdura o se hunde. Esta conciencia de su responsabilidad frente al patrimonio del pasado, frente a las luchas del presente y frente a la esperanza del porvenir despierta en sus almas el idealismo y el sacrificio personal — todo lo que sea eterno.

Pero el Estado por su lado — dominado por la idea de la comunidad — ha de cumplir con su deber y no debe permitir que dentro de sus fronteras vivan hombres hambrientos. Se debe hacer justicia a cada uno. En nombre de la comunidad el Estado debe velar por la generación venidera que es decir por la vida en su totalidad.

En esto consiste la actividad del Estado; deja de ser una quimera que amenaza, tiraniza y paraliza constantemente a toda iniciativa. El Estado se transforma en un defensor común de la nación, en un protector de la propiedad y del honor. Así es fácil constar que el nuevo modo de pensar que deriva de la tradición milenaria de la cultura europea, de los nuevos y eternos principios nacionales, legales y sociales, principios de la propiedad, del trabajo, de la personalidad y de la familia, colocó al hombre en el *dominio social correspondiente a su ser*. De este modo el mundo trabajador queda librado del predominio del »buen negocio«.

Estos principios acarrearón la revolución social de Europa que después de largos sufrimientos sentía la necesidad de volver a erigir a todas las leyes morales perdidas de vista en la vida cotidiana por el pensar puramente comercial.

En esta nueva Europa los personajes dirigentes de la vida económica tienen que justificar a la economía ante las leyes morales porque ya no son apóstoles del negocio sino *apóstoles del trabajo*.

En esta nueva Europa el nuevo orden social eliminará a todo aventurero del campo económico; se hará imposible enriquecer pronto explotando al trabajo de otros. Ya ha penetrado este espíritu nuevo en la vida pública y social y vuelve a animar a todas las energías jóvenes. Fué recibido con entusiasmo, millones

de jóvenes lo llevan en sus almas. El alto valor humano del nuevo orden despertó a la conciencia y llamó la atención a muchos. Fué recibido efusivamente porque se volvía a comprender que la justicia siempre ha sido una cuestión de moral y no una cuestión de forma.

La nueva obra creadora

Ningún sistema, ninguna forma, aunque fuesen los más perfectos y representasen las mejores leyes sociales, podrían recompensar al hombre si no le consideran también como miembro de la comunidad con sus *necesidades culturales y espirituales*. Pero para formar una unidad así tenía que basarse en un sano fundamento espiritual. En este sentido hasta la fecha Alemania e Italia han realizado ya obras admirables. Crearon la *unidad* interior, suprimieron a la descomposición social y dieron una orientación *creadora* a todas las energías nacionales; elevaron al *trabajo* como riqueza nacional suprema y crearon un sistema económico en el que el *espíritu* y el *genio* alcanzaron un florecimiento abundante. Organizaron escrupulosamente a las obras sociales. ¡Llenos del más santo patriotismo dieron a la juventud una protección particular haciendo desarrollarse en ella un espíritu heroico y unificándola en sus ideales! Organizaron instituciones públicas importantes, drenaron regiones malsanas, construyeron carreteras; pero en esto era lo más importante que detrás de estas *obras nacionales visibles* se alzaban *despertadas las energías espirituales y éticas* de las naciones. La pobreza les daba vigor, la falta de materias primas les incitó a grandes éxitos económicos. Donde faltaban los medios ayudaba el genio organizador. Por eso solucionaron todos los problemas. La iniciativa personal se confirmó dentro de la comunidad. En cada obra, en el sacrificio supremo y en el deber cumplido se manifestaba el nuevo *espíritu* social. De este modo el pensar nuevo se trocó en *idea creadora* — en una *idea de Europa*. En todas partes donde se la recibía equitativamente y con entusiasmo consiguió algo grande; creó movimientos de espíritu análogo que determinaron al concepto ideológico de la nueva Europa.

Después de la injusticia de Versalles, de Neuilly y de Trianon despertó la conciencia de *un destino europeo común*. Y precisamente esto era la razón por la que los enemigos de Europa no querían ningún perdón. Sabían que una Europa resurgida, unificada, consciente de su gran misión universal podría devenir peligrosa para ellos. Solo por eso rechazaron toda solución pacífica de aquella cuestión que tenía que restringir al auge de Europa. Se obstinaron en desencadenar la guerra esperando volver

a arrojar a Europa en un caos. Únicamente el caos todavía era capaz de posibilitar la continuación de su dominio.

Solo el estruendo de los cañones, el bramido de los stucas y el heroísmo sin par de los millones de jóvenes combatientes por el nuevo orden los hizo comprender que un nuevo espíritu luchaba por su derecho y por el derecho de una Europa nueva, mejor acondicionada en el sentido social.

La lucha por los valores eternos

Pero el nuevo movimiento europeo también tenía otro rasgo característico unívoco: *era el rasgo anti-bolcheviquista*. En vez de la idea bolcheviquista de la hegemonía del proletariado las naciones jóvenes habían proclamado la idea de la comunidad; al envilecimiento materialista bolcheviquista del hombre y del mundo se le oponía el concepto espiritual según el que el mundo está formado por una síntesis de valores espirituales morales y éticos, de los que el principal es la personalidad que siempre seguirá siendo la plasmadora de la historia y de los valores vitales. A la negación bolcheviquista de la familia, de la tradición y de la fe le oponían la nación en la que se basa al mismo tiempo el valor de la familia, de los hijos y de la fe. En lugar de la proclamación bolcheviquista de la unificación del proletariado internacional las naciones jóvenes predicaban la posibilidad de una cooperación internacional.

Esta lucha oponía a la utopía una realidad. En la base de este concepto anti-bolcheviquista se ha unido toda Europa porque sentía que estaban amenazados los fundamentos eternos de su vida y de su prosperidad.

La guerra ha llegado a su momento culminante. El conflicto estallado no ha impedido la unificación de Europa ni ha reprimido al movimiento ordenador europeo según lo esperaban los iniciadores de la guerra sino es evidente que ha acelerado el curso del desarrollo. Incluso añadiríamos: este movimiento le dió el *sentido* a la lucha, le dió el carácter de una cruzada contra la inhumanidad, contra el egoísmo y la barbarie. En este sentido — tenemos que constarlo — el primer cañonazo era una *señal*, una transición nueva cuyas consecuencias tenemos claramente presentes. Si hasta ayer una Europa nueva vivía únicamente en la imaginación de algunos espíritus europeos escogidos hoy domina al alma de todos; pues su realización se transforma en condición «sine qua non» para la duración de Europa. Es y será siempre el continente de más importancia vital. Hablan en favor de esto: *la grandeza de su espíritu, la genialidad de su arte y la multiplicidad de su genio creador*.

Ser soldado

¿Quién en la vida cómoda de su hogar puede sentir por unos instantes el valor simbólico de lo que el escueto vocablo militar de «soldado» significa? ¿Quién, que no haya sentido en el frente el entusiasmo patrio, dispuesto a convertirlo en realidad, puede describirlo?

Acaso muchos, llevados por su imaginación, lleguen a percibir algo de tan sublime concepto. Otros ven en el soldado un uniforme, más o menos vistoso, necesario para las grandes paradas militares. Pocos llegan a saber en su gloriosa y sufrida realidad lo que ser soldado significa.

Estos son los combatientes y los que regresando del frente y relegados a la paz mística de su hogar, que ellos ganaron, evocan con silenciosa elocuencia las horas amargas de su existencia que por salvar a la Patria pasaron en la fría hospitalidad de las trincheras.

Ser soldado es: «Cuando se tiene hambre no comer; cuando se tiene sed no beber; y cuando se está muerto de fatiga llevar al compañero a costas.»

Cuando el temporal se manifiesta en su dura crudeza, cuando la lluvia implacable cala los huesos, la nieve forma montañas que amenazan de impedir el avance, el termómetro marca 40 y 50 grados bajo cero y sin cobijo, a la intemperie, unos seres de constitución humana defienden a la Patria, encastillados en su idea: Eso es ser soldado.

Soldado es el que unas veces con la ropa empapada busca cobijo en las encharcadas trincheras. Otras con los miembros ateridos siente como poco a poco avanza la gangrena que causará su muerte. Sus tétricos pinchazos no son obstáculo para que mientras dure su penosa escucha abandone el puesto. Sabe muy bien que si el enemigo ataca no podrá moverse de allí porque sus pies se han congelado; más no ignora que en su diestra se encuentra presta la bomba de mano y en su aliento la voz que de él ¡alerta! a la posición.

Quizás se encuentre sin comer, sin noticias de sus seres queridos, esperando el momento de entablar sin igual combate. Él, consciente de su gloriosa misión, nunca desfallece. Ataca con brío los baluartes más defendidos; clava su bayoneta antes que el enemigo lo haga...

Las ametralladoras van batiendo al campo de los muertos. Los cañones hablan con ronco emstampido, agitando el aire y poblándolo de mil diversos silbidos que llevan prendidos, en su tétrica sinfonía, otras mil truncadas ilusiones; los pájaros metálicos en sus trinos rinden culto a la Muerte, llenando el suelo de volcanes que elevan, cual lava, piedras, arena, polvo, humo, cuerpos desgarrados, sangre . . .

Unas sombras de fantasmas se ven allí, a lo lejos, como dioses de la contienda bélica. Sus cuerpos pegados al terreno semejan estatuas derribadas; sin embargo, allí late un corazón, siente un alma, piensa un cerebro. Sus manos crispadas empuñan el fusil. Sus imperceptibles siluetas apenas se distinguen entre el fragor de la lucha. El olor a pólvora, el polvo y tierra que en continuos surtidores se elevan en sus inmediaciones hacen irrespirable la atmósfera. Pero — él ¡el soldado! aguanta todo y espera solo la orden de asalto. Esta llega. Su espíritu, sus músculos, su corazón — resortes de acero más bien — se lanzan hacia el objetivo y entonces ni el saludo de las balas que se clavan por doquier, ni los zumbidos sordos y cercanos seguidos del chasquido producido al atravesar los huesos de sus camaradas son sonidos que amainan su espíritu; más bien la presencia del camarada caído entre las alambradas le aguilata y vivifica, su coraje llega al punto culminante, ya no es una persona, es una fiera ansiosa de sangre que en torbellino irresistible se lanza como un huracán que todo lo arrasa y que lleva prendidas en sus bayonetas las vidas de sus enemigos. Él, el soldado, solo ve a su Patria ultrajada, sus seres queridos vilipendiados, el hogar que le vió nacer deshecho.

Ya se inicia la marcha. Montes de elevada cima, ríos de vertiginosa corriente, carreteras llenas de polvo o caminos cubiertos de barro son penosamente salvados. La mochila, cartucheras, fusil y todo el atuendo bélico va clavándose poco a poco en su cuerpo. La fatiga se vislumbra; la sed devora sus bocas reseca; el hambre hace flaquear las piernas. ¿Su espíritu? ¡Magnífico! Porque en esas difíciles circunstancias ¡canta . . .!; canta para olvidar las penas; canta para animar al desfallecido; canta porque su temple está forjado en esta nueva generación que salvará al mundo.

Y cuando la paz vuelve el bizarro guerrero bronceado y bruñido por el sol de inhóspitas tierras esteparias, al besarle los rayos de su sol adorado, del sol de la tierra que le vió nacer, al sentir plasmada en auténtica y tangible realidad su noble ambición ostenta en su gallardo pecho las Cruces que pregonan su valor y sus heridas que cerradas hablan con mudo lenguaje del precio de la gloria.

*TENIENTE LEÓN DEGRELLE, JEFE DE LOS
REXISTAS, ACTUALMENTE EN EL FRENTE DEL ESTE:*

Sobre la lucha de los rexistas

El movimiento rexista fué fundado hace diez años, en 1932. Durante mis estudios jurídicos en Lorainá algunos compañeros se juntaron conmigo decididos como yo a volver a despertar al alma de nuestra nación.

El bajo nivel espiritual de nuestra época nos repugnaba excesivamente. Nos animaba el deseo de volver a inspirar con lealtad y energía a las masas privadas de sus ideales. Sí, el movimiento rexista surgió de la pasión ardiente de apóstoles.

Pero todavía estábamos solos; a todos los idealistas que vivían dispersados por el país les queríamos inspirar nuestro anhelo hacia una renovación espiritual para llegar por fin a las masas de la población.

Entonces me fué ofrecida la dirección de una pequeña casa editora y acepté gustoso.

Ya en la universidad redactaba un periódico y tenía publicados mis primeros libros. Ahora podía divulgar mis ideas en gran escala por toda la nación.

En vez de publicar libros voluminosos, difíciles de leer, escribía pequeños folletos de actualidad con títulos y tapas atractivos. En cuanto había un acontecimiento que causaba sensación en el público en la misma noche apuntaba mi opinión sobre este y un amigo esbozaba un dibujo correspondiente. Dos o tres días después ya habían salido de la prensa cincuenta mil o cien mil ejemplares del cuaderno. Para ofrecerlos recorría el país solo con pocas ayudas durante quince días.

Estos cuadernos apasionadamente escritos causaron indignación y discusiones impetuosas. Después de algunos meses se conocía a Rex en todas partes. Varios millones de folletos fueron vendidos de esta manera, provocando los pareceres.

Para comenzar también tuve a mi disposición un núcleo de propagandistas. Al poco tiempo se asociaron simpatizantes capaces de apoyarme con sus propias palabras. Ondas magnéticas debían haberlos dirigido hacia mi.

Había salido bien la venta de folletos con gran tirada, ahora me atrevía a comenzar trabajos más grandes.

Para el público instruido fundé un diario literario barato de tirada considerable. Llevaba el título: *Rex*. El éxito era grande, del primer número fueron imprimidos más de 40.000 ejemplares. Entonces di el segundo paso muy difícil. Faltaba una revista para el gran público que se ocupase de todas las importantes posibilidades de distracción modernas como radiofonía, cine, viajes etc. Esboqué una bonita revista imprimida en fototipia que contenía fotografías de artistas de teatro, críticas de películas, programas completos de radiofonía, reportajes etc. Pero no lo hice como especulador sin alma sino desde el punto de vista de jóvenes con ideas modernas, animados por el deseo que estas instituciones importantes ofreciesen a las masas recreo y elevación instructivos. Para el primer año tuve que asentar un gasto de varios millones sin poseerlos. No obstante acometí la tentativa como alguien que se echa al agua para aprender a nadar en la corriente. Mi revista se llamaba: «Soirées» y fué publicada cada semana con 80 páginas de volumen. Significaba un acontecimiento en el dominio editorial y fué recibida con entusiasmo.

Pero todavía me faltaba la comunicación directa con el público que solo se podía establecer por asambleas. Para proporcionarnos los locales necesarios se hubiese tenido que alquilar salas, pagar carteles y reunir sumas que yo no poseía. Pero hallé un medio. Los marxistas organizaban en Bélgica grandes asambleas pagadas por la clase obrera. Con sus «Maisons de Peuple» (casas del pueblo) disponían de salas imponentes. Allí convocaban con regularidad a los numerosos sindicalistas. Jamás un «burgués» de los partidos conservadores se hubiese atrevido a atacar a los oradores rojos dentro de las salas rojas. Yo veía precisamente en esto la posibilidad de presentarme a un gran público que era el que más me importaba conquistar. Como había pasado mi juventud en medio del pueblo sabía que muchas almas incorruptas estaban esperando que se las llamase. Me conmovía la miseria de las masas y me llenaba de impulsos revolucionarios. Por eso me decidí a arriesgar el golpe. Un buen domingo me dirigí al «Palacio del Pueblo» de Charleroi en el que varios miles de marxistas escuchaban a los oradores más briosos. Por mera forma se preguntó al final si alguien deseaba replicar. Levanté el brazo. La noche devino dramática. Después de haber hablado durante un cuarto de hora esperaba a cada momento ser despedazado. Pero el primer paso estaba dado.

Ochenta veces repetí esto. Visité a todas las grandes asambleas socialistas sin mirar en que sitio tenía lugar la manifestación aunque fuese en el último extremo del país. En vez de callarse

los periódicos me atacaban primero por artículos maliciosos para anonadarme. Quedé firme. La espontaneidad de mis palabras impresionaba a los obreros. Como tengo una voz verdaderamente fuerte era capaz de dominar con ella al ruido más tremendo aunque fuese durante horas. Dentro de algunos meses había convertido a muchos miles de obreros que han tenido para mi una fidelidad admirable. Varias veces fui atacado y pegado de tal manera que quedé tendido como muerto. Pero mi valor aumentaba con el peligro.

El fin deseado estaba alcanzado: no solo que desde ahora mis semanarios penetraron abundantemente en el pueblo sino que también me habían visto personalmente 150.000 o 200.000 personas quedando de este modo establecida la comunicación; mi discurso entusiasmaba y electrizaba a los oyentes o por lo menos los hacía escuchar con atención.

Aunque parezca muy raro en una época materialista nos presentamos ante la masa para predicarle moralidad y decencia.

¡No pedíamos — cosa bien extraña — ni votos, ni beneficios, ni mandatos de diputados!

Le hablábamos de la moralidad de la vida de familia y del trabajo, del amor al prójimo, de la homogeneidad de las clases, de la necesidad de encontrar hombres rectos y altruistas. Parecía increíble hablar de estas cosas ante la masa embrutecida por el materialismo. Pero los oyentes fueron dominados por una emoción real y profunda. Recuerdo haber hablado una vez durante dos horas ante 20.000 personas sobre los impulsos espirituales. Los periódicos llamaron a la asamblea «la noche maravillosa», tan grandioso resultó su desarrollo. Otra noche en una manifestación de suburbio hablé una hora sobre la belleza y la primavera. Sí, nuestro movimiento nació de una necesidad magnífica e imponente de poesía.

En eso no se ha cambiado nada; siempre quedaremos poetas. La pasión por lo bello, lo puro y lo decente era lo que nos llevó a la lucha política.

Recorriendo el país y estableciendo un contacto estrecho con la masa pronto llegué a comprender que para nuestro pueblo no sería posible ningún auge mientras un sistema corrupto infectaba a las instituciones y a los hombres. Teníamos que revelar las causas del defecto lamentable de la democracia.

Los partidos con su avidez, su amoralidad, sus discrepancias y sus contradicciones, sus estupideces y su egoísmo envenenaban al

alma del país, desgastaban sus energías y ponían en ridículo a la decencia y a la moral.

Al reorganizar al país a base del ennoblecimiento de la vida, del apego de los hombres entre sí, de la justicia y de la nitidez teníamos que tropezar con los partidos democráticos como focos del desorden, de la descomposición y de la villanía.

Comenzé pues contra ellos y contra los más corruptos de sus jefes la campaña conocida después en nuestra historia política bajo el nombre de «campagne des pourris».

Había creado un nuevo semanario político con el empuje de un boxeo bajo el nombre de «Vlan».

Mi procedimiento causó escándalo y sobresalto. En efecto, en vez de limitarme a alusiones prudentes y ataques indirectos y anónimos cada semana atacaba a un político y lo desairaba revelando sus delitos. Nunca habían sido tratados con tanta violencia.

La juventud entusiasmada por esta lucha se acercaba en masa. Miles de hombres honrados de todas las clases sociales se asociaban a las organizaciones combativas — pues se llegó al combate — que yo había creado y cuyas secciones tomaban incremento en todas partes.

Intimidábamos a nuestros adversarios.

La población afluía a nuestro movimiento. En tres años organizé 1.500 asambleas.

Entonces el enemigo tentó a agotarme a fuerza de pleitos. Todos cuya política o cuyos agiotajes yo había descubierto me pedían cuenta ante el tribunal. Se reclamaban de mi más de dos millones de francos de indemnización.

Pero el banquillo se transformó en tribuna. Aunque en los tribunales estaban los amigos de la masonería y de los partidos acepté la lucha y me defendí yo mismo en pleitos sensacionales.

El pleito más importante, el del ministro Segers, hizo escuchar sorprendido a todo el país. Probé verdades alarmantes sobre la deslealtad financiera de dicho ministro. Este no solo fué recusado con su demanda de 300.000 francos de indemnización sino también culpado con una motivación tan agravante que tuvo que huir de la vida política.

Estalló un eco imponente.

Sin embargo no disminuía la corrupción de los partidos.

Así ante multitudes entusiasmadas que aumentaban constantemente yo senté todo un programa para la depuración y el bien del

Estado constituyendo un régimen vigoroso gobernado por un solo jefe responsable. El trabajo librado de la tutela política debía ser dirigido y protegido por instituciones corporativas y la justicia social debía reemplazar a la codicia plutócrata. Este régimen quería reconocer un puesto de honor a los valores verdaderos de la nación: a la familia, a los bienes raíces, al arte industrial, le quería devolver a la nación el sentimiento de unidad y a todo el pueblo el amor a la patria. El odio entre los partidos debía ser relevado por la paz del alma, la paz oratoria y la paz social y nuestra nación gloriosa que durante siglos había conservado el sentido de grandeza auténtica debía ser llevado a un renacimiento admirable.

Este programa nacional y social que demuestra la pasión que distingue al rexismo probaba a las masas del pueblo que no solo eramos destructores sino también constructores, que no solo manejábamos escobas para limpiar el suelo sino también paletas para la construcción, según decíamos nosotros, «de la ciudad magnífica de nuestros sueños.»

Los partidos tentaron todavía un último golpe: decidieron librarnos una batalla en su propio dominio, en el de las elecciones.

Aquí conocían a fondo todas las manipulaciones. Disponían del dinero necesario. Jamás el pueblo había votado por otras listas electorales que las de los antiguos partidos marxistas, liberales y masones que se compartían los mandatos.

¿Cómo sería posible que jóvenes lucharan en este sector colmado de trampas, que encontrasen candidatos, que abriesen listas en todas partes y resistiesen a la lucha electoral compacta que políticos bien experimentados iban a desencadenar con la ayuda de sumas enormes?

Estaban seguros que solo podríamos aceptar la lucha en algunos distritos electorales y que probablemente también allí en el último momento el público volvería a sus antiguas costumbres, no declarándose por lo tanto partidario nuestro.

Yo alzé el guante.

En una semana atravesé todo el país preparando listas electorales en todas partes. Durante seis semanas celebré cada día ocho, diez y hasta catorce mitines electorales. Como único vehículo servía un automóvil viejísimo que se paraba a cada momento.

Entre tanto había fundado un diario, nuestro «Pays Réel» tan famoso hoy en día. Dos terceras partes de su contenido las escribía yo mismo cuando por la noche volvía de mis mítines. A las cinco

de la mañana me acostaba para dormir dos horas, hasta las siete. El Pays Réel fué imprimido en la prensa más miserable, más barata de Bruselas.

¡No tardaba menos que con la máquina de coser!

¡La imprenta duraba hasta la noche!

Bajo estas condiciones increíbles tuvo lugar la lucha final el día 24 de mayo de 1936. El resultado era magnífico: ¡300.000 electores habían votado por Rex! De una vez ganamos treinta y tres voces y votos para diputados y senadores.

La primera gran batalla había traído la victoria a Rex.

Durante cuatro años continuamos la lucha reñida. Durante este tiempo la lucha anti-democrática y anti-plutocrática se extendía hasta abarcar toda Europa. Ya no dejaba descansar al mundo.

En cada país había movimientos que correspondían con el nuestro, habiendo surgido de golpe y atacando a los mismos adversarios.

De un país al otro se extendía una gran confraternidad. Los rexistas se sentían idénticos con el nacionalsocialismo, con el fascismo, con la falange y con los demás movimientos nacionales y sociales que apoyaban las esperanzas de la juventud revolucionaria en toda Europa.

La Europa de la corrupción y la Europa de las naciones unidas comenzaron su duelo a vida o muerte.

Bélgica es una zona de operaciones histórica. La coalición democrática-plutocrática de Francia e Inglaterra quería asegurársela como región de avance contra la Alemania de Hitler.

Hasta el día 10 de mayo de 1940 Rex con todas sus energías hacía frente a ese proyecto criminal.

Ya en 1936 Rex había hecho fracasar al convenio militar entre Francia y Bélgica. Cada vez se agravaba la lucha.

Rex fué reprimido a la fuerza. Innombrables rexistas fueron encarcelados con su jefe de partido el primer día de guerra. Algunos de ellos perecieron allí después de torturas terribles.

Los demás al quedar liberados de sus cadenas comenzaron a salvar a su patria. Sirven en su país. Luchan en el frente del Este. Están animados por el sentimiento del honor y por la disposición al trabajo; junto con su nación cooperan en la obra europea del Führer Adolf Hitler.

Los portaestandartes de la nueva época

La ideología de los jóvenes Estados mancomunados europeos opone a los conceptos del liberalismo y del marxismo una filosofía nueva. Dos máximas forman el punto de partida para esta ideología: *el principio de la comunidad* y *el principio de la libertad creadora*.

Este nuevo concepto del mundo no comparte ni las ideas abstractas ni el optimismo de Juan Jacobo Rousseau acerca del hombre que es bueno por naturaleza y cree poder prescindir de obligaciones sociológicas.

El hombre no es ni bueno ni malo. Es un conglomerado de instintos y de energías, capaz de acciones buenas pero si se emplea mal a estos instintos y a estas energías este conglomerado se transforma en célula germinal de la destrucción. El hombre no debe obedecer ciegamente a su instinto sino es menester educarlo y conducirlo. Por el otro lado el individuo no puede vivir aislado de la sociedad, incluso ni siquiera se le puede comprender como fin absoluto. Según escribió con mucha razón un historiador belga, León Vanderkindere, «un hombre aislado existe todo lo más en la imaginación de algunos filósofos». En efecto la nueva interpretación del mundo no se detiene ya en la escala del individuo sino conduce a la familia, a la nación y a la raza; ya no se comprende a la sociedad como función del individuo sino el individuo es el que está al servicio de la sociedad.

Los conceptos básicos de la belleza, de la virtud, del sistema político, de la religión y de la sociedad se distinguen entre si a igual medida que se distinguen las mismas razas importantes. La humanidad se divide en asociaciones. ¿En qué consiste pues el principio básico de su creación? — pregunta además Vanderkindere. ¿Se debe buscarlo en el tiempo, en el espacio, en el ambiente o en la naturaleza misma? ¿O en la condición interior de los seres observados? El historiador León Vanderkindere da la explicación siguiente: «Yo inclino a la última hipótesis; creo que la raza es el elemento fundamental que hay que tener presente cuando empieza uno a preocuparse por la variedad de las opiniones y de las conductas». Ningún partidario de la idiosincrasía racial podría

rechazar a esta opinión que es tanto más característica que procede de un erudito al que se ha tachado de racionalismo y que vivía en una época completamente liberalista.

Pero volvamos otra vez a la comunidad nacional que representa desde el punto de vista histórico y político aquella asociación a la que se incorpora el individuo. ¿No es evidente que una comunidad tiene que rehusar a la escisión en clases egoistas? Por mucho que reconozca a la importancia de la propiedad particular el valor supremo consiste para ella en el *trabajo*. El trabajo es *la base de la nueva sociedad* y es su *valor* lo que junto con los demás valores comprobados por la tradición determina a las escalas dentro de la jerarquía social.

¿Pero qué será del individuo en relación a la comunidad a la que ha de servir? ¿No abrumará esta a su personalidad? ¿Sigue siendo libre todavía?

Según las palabras de Benoît Méchin el sentimiento de la solidaridad social no es otra cosa que la trasmisión consciente de circunstancias de las que no se puede dar explicaciones más detalladas; debido a la comprensión consciente de esta solidaridad se sustrae uno a su tiranía. Ahora paremos mientes en la definición justa de la libertad: no se trata del derecho de poder elegir uno mismo según se decía todavía hace poco; se trata del hecho de *querer* por iniciativa propia *lo que debe ser*. Una libertad «absoluta» en la que algunos parecen creer todavía no existe, la libertad está limitada por todas partes por el destino.

Una comprensión consciente de la necesidad que está por encima de toda la vida social y su evolución mejor posible en beneficio de la comunidad: tal es la base de la libertad creadora; porque la libertad verdadera no consiste en la anarquía que *desperdicia* a las fuerzas vitales sino en la disciplina que induce a la voluntad en la dirección de una *actividad positiva*. Ya no estamos libres de obrar bien o mal pero sí estamos libres de *actuar* más o menos en el sentido de una obra cuya ley comprendemos.

Y el punto culminante de la libertad coincide con el punto culminante de la creación. Dicho con otras palabras la libertad no consiste en la falta pasiva de una pauta sino en una *adhesión entusiasmada a una acción necesaria*.

Ahora también para nosotros resulta la cuestión decisiva. Para nosotros se trata de darnos cuenta de nuestra tarea con el fin de cumplirla plenamente.

Con facilidad y sin reflexionar mucho podemos comprender que nuestro destino está vinculado primeramente con una gran unión, es decir la de la raza blanca.

Los anglo-sajones influenciados por el capitalismo financiero judío la han traicionado dos veces: 1. al declarar la guerra rechazando todo acuerdo; 2. al aliarse con el bolcheviquismo y al provocar de este modo al peligro de una invasión de Europa por las hordas del Asia Central o por lo menos al peligro de la entrega de nuestro Continente al bolcheviquismo.

Si los anglo-sajones han traicionado a la raza blanca Alemania e Italia con sus aliados son las únicas potencias europeas capaces de restablecer el orden en nuestro Continente y de unir a Europa. La unión de Europa capitaneada por las potencias del Eje no puede basarse en el principio de una Sociedad de Naciones autoritaria que reemplazaría a la organización inapta de Ginebra. Igual como cada comunidad nacional está organizada jerárquicamente a base de la vitalidad de cada nación Europa también se organizará en torno al centro y corazón del Continente.

Para nosotros los flamencos y valones importa comprender que con razón podemos estar orgullosos de pertenecer a esta comunidad de la joven Europa e importa aprovechar esta posibilidad.

Se entiende por si mismo que no podemos contentarnos con una adhesión indolente o interesada a esta nueva comunidad europea.

Solo con *entusiasmo* lograremos algo. Solo por el entusiasmo alcanzaremos a ese sentimiento de *libertad superior* arriba mencionada.

La victoria de Europa

La expulsión de los bárbaros de Europa significa el despertar de los corazones ardientes simpatizantes, el despertar del cariño fraternal europeo. Dejad al volcán derrochar su fuego por los viñedos de la alegría y los sembrados de la paz. Jamás debe uno preocuparse por lo que cueste la paz. Igual que el hombre divino nace ella entre lucha y dolores. ¡Qué grande es esta Europa para que aun de su miseria nazca la dicha! Europa debe sangrar y luchar para que por fin — tan cerca estamos de la victoria — pueda quebrar las espadas y para que las banderas ondeen encima de las tumbas de nuestros padres, encima de nuestras tumbas.

*Henrik Wergeland,
Poeta noruego, 1808—1845.*

SARGENTO DR. GINO FUMAGALLI,
EJÉRCITO ITALIANO:

La fisionomía del continente europeo

Europa no forma un conjunto de Estados casual, sino un organismo político.

Todos los escritos geográficos enuncian que Europa ofrece la mayor variedad de todo el mundo. La unidad geográfica está determinada por el hecho que una zona física ofrezca a la comunidad humana las condiciones para vivir y desarrollarse según las leyes culturales. Europa no es más pobre en fenómenos geográficos que toda otra parte del mundo; pero este continente no conoce los extremos enormes como los que aparecen en el Asia, un continente que toca lo mismo la zona polar que la ecuatorial, que posee los montes más altos y confina con los mares más profundos, por el que se extienden las llanuras más vastas y las altiplanicies más amplias, que tiene las lluvias más abundantes y las regiones más apartadas del mar, estepas y desiertos. Asia se extiende por la superficie más grande de todos los continentes y también tiene la población más numerosa. En cambio Europa está construida armoniosamente. También aquí hay heleros en el Norte y palmeras en el Sur y montañas alternan con llanuras; pero todo se une entre sí por medidas agradables, conciliando suavemente las diferencias. La riqueza de aspectos se manifiesta en Europa en la forma admirable de cada detalle.

Las costas sumamente hendidas y escarpadas de Europa permiten al mar avanzar hasta muy adentro del continente, templando al clima y facilitando la comunicación: en efecto existen muchos y ricos puertos y pueblos costeros. Los montes bastante altos para hacer posible la formación de heleros como receptáculos de agua están ordenados según el sistema de extensión reducida, poseen pasos cómodos y no estorban el tránsito. Los ríos no bastante anchos para interrumpir a las comunicaciones por tierra pero casi todos navegables son rutas naturales admirables.

Desde la más remota antigüedad Europa ha tenido la suerte de ser habitada por las naciones más inteligentes y activas de la raza blanca. Por estos antepasados remotos que durante siglos estuvieron expuestos a la influencia benigna de las condiciones favorables de nuestro continente se han ido formando y fortaleciendo

poco a poco las naciones europeas enérgicas, disciplinadas, geniales, aplicadas y laboriosas que fueron llevadas por su instinto a divulgar e imponer su cultura en el mundo entero.

Nuestro continente tiene la gran ventaja de hallarse en medio de todos los continentes, unido con el Asia, cerca de Africa y también cerca de América.

¿Es que Europa que geográficamente representa una unidad también tiene la conciencia de si misma, es decir también es una unidad histórica?

Al reconstruir la historia de cualquier Estado europeo se perfilan al mismo tiempo, casi imperceptiblemente las líneas esenciales de la historia europea, pues la historia de Europa no es una colección de muchas historias, de tantas como hay países en Europa, sino es un conjunto armonioso en el que las distintas partes forman una clara unidad histórica sin mezclarse unas con otras y sin perder sus distintivos particulares.

¿No estamos todos de acuerdo atribuyendo a Europa el papel principal en la historia de la humanidad? ¿Pero cómo se explican entonces las guerras frecuentes que se hicieron entre las potencias principales de Europa? Eso parece ser una contradicción; sin embargo la causa esencial de tales guerras es la aspiración — oculta o franca — hacia la unidad. ¿No fueron hechas en efecto por el deseo de toda gran potencia de unir a Europa de cualquier modo?

Pero Europa ha experimentado lo que experimentó Italia cuando era integrada por tantos Estados pequeños del que a la larga ninguno consiguió influenciar a los demás. Entonces en Italia seguían a las épocas guerreras otras épocas de equilibrio, en las que se desarrollaban las relaciones de los Estados entre si y que favorecían la adaptación del carácter de cada uno a un carácter nacional común que se estaba formando. Solo cuando al fin por el Risorgimento y por las guerras de la independencia cada parte de Italia se sentía como parte de un conjunto la patria quedó unida y libre.

Así le sucedió a Europa y la historia de Italia es un ejemplo que este país, maestro de la vida, da al mundo. ¿Como entonces Italia luchaba alrededor de Piomonte así actualmente Europa reunida en torno de las potencias del Eje hace su guerra por la independencia! Por lo tanto Europa es una unidad política a punto de formarse aunque todavía no de jus y no del todo de facto. Este proceso de unificación no solo puede pasar por resultado de una voluntad política, sino por fruto de un desarrollo histórico tradicional y una consecuencia geográfica natural.

No se piense en la unión de los Estados de Europa: eso debilitaría a todas las naciones europeas. Es el comunismo el que hace iguales a todos los hombres porque los equipara a los animales, quitándoles el derecho de poseer no solo bienes sino también los demás privilegios propios de la personalidad que le corresponden a cada hombre según su talento y que son más considerables que las leyes. Ese cierto poder tentativo del comunismo consiste precisamente en el hecho que se dirige a nuestro instinto bajo de nivelarlo todo según las profundidades de la vida, de eliminar toda responsabilidad que pesa en la conciencia y de ahogar la confianza que es un anhelo natural de nuestra alma. El fascismo que distingue entre los apetitos y la voluntad no predica la doctrina trivial del «estómago lleno», sino proclama que el trabajo es un derecho y un deber porque reemplazará al oro por la garantía de la moneda que siendo sumamente útil para facilitar el intercambio comercial en el interior y en el extranjero alcanzará la fase suprema de su progreso por encima de todo lo demás. En efecto la moneda era una vez una mercancía cualquiera, más tarde oro pero entonces por la acuñación con el sello real oro cambiado, actualmente papel cuyo valor está garantizado por la ley; es decir: la materia paga el valor al espíritu.

Como riqueza ya no valdrá el metal dorado que tantas veces ha sido un don inmerecido de la fortuna, sino el equivalente económico de la capacidad del hombre.

¡Y sin embargo aun hay quien cree en la revolución universal predicada por Stalin! Es bueno para nosotros que su opinión pasará a la historia como aquella otra sobre el fin del mundo que alrededor del año mil preocupaba a la conciencia de tanta gente buena.

De ningún modo la política es una utopía, sino una pasión igualmente natural para el hombre que el amor. La pasión es una energía del alma capaz de obligar al cuerpo a realizar cosas que se oponen a su propio interés: el espíritu vence a la materia, tanto para el bien que para el mal.

El escudo de Europa

*Alemania es el escudo de Europa contra la invasión rusa.
Mientras exista esta barrera seguirá existiendo nuestra cultura.*

*Georges Vacher de Laponge
Sociólogo francés, 1854—1883.*

DR. ROLF BONGS,

ACTUALMENTE EN EL FRENTE DEL ESTE:

La confirmación del arte en la guerra

En medio de la guerra se cumple en secreto el destino de las naciones. La decisión accionada por las batallas se toma antes, en un momento y en un punto que solo es conocido de pocos. Ningún viviente, haga lo que quiera, es capaz de sustraerse al golpe de la guerra.

La guerra se ha imprimido en muchos rostros; sus huellas son imperecederas. El hombre intenta concebir y plasmar al semblante de la guerra. Temblando todavía de lo ocurrido ya se da cuenta de los sucesos. Vista y mano permanecen claras e indiferentes; la obra del dibujante y la palabra del informador contestan a la muerte. Ahora no es tiempo de engañarse a si mismo, de no ver a lo espantoso: quien ha mirado al horror en sus ojos vacíos le quitó con eso su última eficacia, la potencia del misterio, de lo oculto, del más allá. Siempre donde luchan soldados están a su lado los que hacen saber sus combates. Siempre en donde se halla un hombre en el que arde la llama santa no se apagará, en el peligro manifestará su vigor. Donde muere el fuego en la prueba de la guerra estaba destinado ya a apagarse. Un compañero me dijo, que se hizo poeta en las grandes batallas del año pasado y en los meses de invierno: «Me hubiese ahogado si no hubiera escrito» me contaba. De este modo tentó a dominar a la gran emoción que había experimentado. La mesa en la que escribía era su casco de acero. Así es que un hombre que todos los días sentía la violencia mortal de la guerra en torno suyo entró en el rincón más escondido de su vida plasmando para si mismo a la experiencia de la guerra, al dolor, a la alegría y al sufrimiento — para que no le ahoguen. Una fuente de energía secreta y potente empieza a manar para refrescar a los que de ella se acercan.

Vale la pena de hablar de ello porque hay quien no lo sabe: los que crean artística o espiritualmente tentando a dominar a la guerra, a expresarla por la obra triunfan de los tiempos. Un esfuerzo inmenso es ejecutado por estos hombres creadores en el frente y en la patria que se encuentran íntima y estrechamente vinculados: un esfuerzo por formar y plasmar a lo indecible y por encuadrarlo en el principio del orden. Se odia a la frase aun siendo bella; la

guerra es la guerra; hace falta verla tal cual es para aguantarla, para sobreponerse a ella. La línea del dibujante que sea ruda y enérgica o sutil y delicada se esfuerza por retener audazmente a los rasgos del hombre y de la batalla, al paisaje y al cielo, al suceso actual y al semblante eterno. Mucho se disipará — eso es una ley de la naturaleza rica, variada y sin límites — pero la experiencia de la guerra, su grandeza y su gravedad sobrevivirán en palabras, en cuadros y en piedra. En ellos sigue viviendo la historia.

Es una gran tradición a la que pueden remontarse orgullosamente los artistas, que Johann Wolfgang Goethe ha sido el primer corresponsal de una guerra «moderna» habiendo marchado a caballo con sus compañeros a través del barro de las carreteras, del frío y de la lluvia, habiendo estado con ellos en la batalla apuntando lo que experimentaba y veía. Goethe no retrocedió ante los peligros y las contrariedades de la guerra. Quien lee hoy en día su «Campana en Francia» (1792) — y merece la pena — siente que aquí vibra una atmósfera que nosotros hemos respirado demasiado poco. La visión del fondo de los acontecimientos y la palabra que la revela conserva para siempre al siglo, a su semblante y al rostro del hombre. Los tiros de aquella guerra se han perdido. Pero no se la olvidará jamás.

Hoy todo está en juego. Se trata de la solución suprema en cada «país» y tras cada «frontera», no hay alternativa y sin embargo el mundo crece, vive y se desarrolla a pérdida de vista.

La guerra se hace con hombres y se gana para hombres; los hombres desaparecen pero el hombre no, nuestro hermano a través de siglos y de milenarios. En nuestra época, en cada hora y en cada día miramos al mundo como síntesis de todo lo que comprendemos y experimentamos; el tiempo es la materia con la que formamos al concepto de nuestra imagen. Quien creía poder evadirse o huir perdió la batalla antes de que comenzara. La muerte no es el arbitrio sino la acción, sea la de la guerra o la de una plasmación artística.

A un camarada caído en el Este, un corresponsal de guerra, le encontraron una libreta; decía el último apunte, escrito pocos momentos antes de su muerte: «La altura está tomada y se la defiende.» Esta palabra, un parte militar, es más que eso; caracteriza a la acción y a la voluntad de mantenerse. Con esta palabra tentó a formar y a plasmar por su parte al rostro férreo de la guerra. Probó que ha salido airoso de la guerra hasta su último momento, no cediendo en su esfuerzo de concebirla. Se trata de la dura prueba suprema: el círculo que abarca es inmenso. La altura está tomada y se la defiende.

El camino hacia la nueva unidad de vida

DEL MECANICISMO AL CONCEPTO BIOLÓGICO DEL MUNDO

Cada concepto del mundo pertenece a una época determinada de la historia dentro de un ciclo cultural. Representa la suma de todos los conocimientos sobre lo existente y por lo tanto posee un alto grado de universalidad que solo es quebrantada en las épocas de transición cuando surge un nuevo concepto del mundo y reclama su dominio. Por eso también pone su sello en toda una época y no es una casualidad que todas las épocas distinguidas por la ciencia de historia dispongan de un concepto del mundo propio y característico.

Así se habla hoy en día de un concepto del mundo antiguo, de otro cristiano-medieval y del mecanicismo moderno. Culturas anteriores y ciertos pueblos extraeuropeos conocieron además y conocen un concepto mágico del mundo.

La historia nos demuestra que la formación de un nuevo concepto del mundo es un proceso muy complejo. Respecto al espacio concurren los factores más distintos, respecto al tiempo comprende varios siglos. Con la época cultural que domina el concepto del mundo tiene en común una temporada de evolución, una de florecimiento y una de decadencia. En el primer período se reúne los sillares: Descubrimientos científicos, ideas filosóficas, revelaciones religiosas. Coincide con esto el desmoronamiento del concepto antiguo del mundo. Despiertan las dudas, desfallece la potencia creadora de lo que hasta ahora tenía validez, los ordenes se descomponen. En el vacío interior de los hombres penetran ideas sustituyentes, se recurre a conceptos más antiguos; a menudo se enlazan con lo nuevo que está a punto de surgir formando productos híbridos imposibles. Cada vez gana más terreno una «sospecha total de la ideología». *Disposición de ánimo está luchando contra disposición de ánimo.* Ya hace años que Max Eduard Liehburg ha representado poéticamente esta dificultad interior en un escrito «El nuevo concepto del mundo.»

Después de haber logrado por fin entera validez el nuevo concepto del mundo forma el sólido *fundamento de toda creación* que a su vez ya no cambia nada esencial del conjunto y solo lo

completa en los detalles. Es la época en la que el concepto del mundo surte el más profundo efecto en todos los sectores de la vida, de la cultura, de las sociedades humanas. La última fase, la decadencia coincide otra vez con los indicios de un nuevo concepto del mundo. Un concepto del mundo tampoco está «terminado» nunca; como todo lo terrenal obedece a la ley del nacer, del crecer y del morir.

Qué múltiples son los factores eficaces en la transición de un concepto del mundo a otro — tan múltiples que no se puede deslindar sin arbitrariedad a los distintos «eones» dominados por cada concepto del mundo — eso lo demuestra la transición de la antigüedad a la edad media cristiana. Científica y filosóficamente se prepara ya en plena antigüedad el concepto del mundo cristiano-medieval. Aristóteles (384—322 antes de Jesucristo) ve a la tierra como globo en el centro del sistema planetario; Hipparco (190—125 antes de Jesucristo) trata de explicar más exactamente a los movimientos de los planetas a base del sistema geocéntrico. Pero este sistema solo debe su triunfo a Ptolemeo que vivía en Alejandría por los años 140 de la era cristiana. Ya Sócrates preparó filosóficamente al concepto del mundo cristiano (468—400 antes de Jesucristo). Con él comienza el dualismo en el pensar (bueno y malo, cuerpo y alma, este mundo y el más allá). La comunidad de los buenos de Sócrates — por encima de razas y de naciones — parece como la precursora de una *sancta catholica et apostolica ecclesia*. Pero el núcleo del cristianismo, el elemento religioso, divino solo aparece con Jesucristo. Solo entonces comienza la lucha contra el antiguo concepto del mundo.

Llega la época de persecuciones sangrientas pues cada vez más se trata también de nuevas *formas sociales*. Las de la antigüedad — polis e imperio — se ven amenazadas, pero a pesar de eso quedan vencidas. El Imperio Romano se desploma a fines del siglo 4; cede a las formas sociales del nuevo concepto del mundo: iglesia romana universal, vasallaje germánico como orden social, creaciones del Reich. De este modo la organización y la plasmación del concepto del mundo cristiano-medieval ha tardado siglos hasta llegar al dominio absoluto. Solo mucho más tarde Dante Alghieri ha dado en su «Divina Comedia» una vista de conjunto imponente de este concepto del mundo, un concepto caracterizado por la potencia cultural «religión» y cuya estructuración piramidal debía estar orientada hacia Dios.

El ejemplo que hemos elegido nos enseña dos cosas: primero el gran lapso de tiempo que exige la formación de un concepto del mundo porque sus componentes no nacen a un mismo tiempo ni

mucho menos. De ahí las crisis inmensas en las épocas de transición. Suceden conflictos y tragedias imponentes, luchas entre lo antiguo y lo nuevo dentro de las naciones y dentro de los individuos. Nuevas comprensiones científicas se hallan junto a formas sociales antiguas, un descubrimiento astronómico choca con la mitología, con el dogma religioso.

En segundo lugar consignamos el hecho que la parte política-social de un nuevo concepto del mundo siempre es la que se impone la última. Eso vale por el orden del Reich medieval en la era del concepto del mundo cristiano lo mismo que por la democracia en la época del mecanicismo. ¿Vuelve a valer hoy en día también?

No nos debe extrañar. Pues están en juego intereses muy *reales* de un concepto anterior del mundo. Si, la oposición contra la reorganización del orden social llega a menudo a tal extremo que la resistencia no solo va dirigida contra las nuevas energías *políticas* sino directamente contra las *comprensiones ideológicas*. El antiguo Estado romano perseguía a los cristianos con su evangelio como si fuesen revolucionarios políticos. La iglesia medieval condena como herejía al sistema universal heliocéntrico y con ello al comienzo de la ciencia exacta. Hoy se lucha contra los representantes de la antropología étnica y de los conocimientos biológicos raciales. Se presiente que el surgir de nuevas cogniciones ideológicas comprometerá a ordenes antiguos que no le corresponden y que podrán ser derrotados algún día.

¿Pero de donde vienen las cogniciones nuevas? Para contestar a esta pregunta acaso se debiese abordar también los antecedentes biológicos de los que proviene el empuje hacia un nuevo concepto del mundo. Sus condiciones étnicas-biológicas ya son creadas durante la «época culminante» del concepto anterior del mundo. Aun en plena edad media — en los siglos 11 y 12 — pasó una oleada de fertilidad por Europa que trajo la fundación de ciudades y con ello creó la cultura urbana de la que resultaron el Renacimiento y la Reforma, es decir movimientos que llevaron al mecanicismo — dominado por la física clásica. Y en la época en la que este se hallaba en pleno florecimiento del Esclarecimiento y del desarrollo industrial y técnico se levantó una nueva oleada de fertilidad que ahora pasa por encima de la época del mecanicismo y nos ha vuelto a dar hombres creadores que forman un nuevo concepto del mundo.

Es imposible caracterizar pasablemente a este nuevo concepto del mundo dentro de un artículo. Tenemos que limitarnos a exponer en primer lugar de un modo sucinto su evolución del mecanicismo antiguo y su lucha contra este.

El pensar mecánico-físico

El *mecanicismo* que reinó hasta ahora reemplazando al concepto del mundo cristiano medieval está determinado por las leyes de la *física* clásica.

Son inmensas las revoluciones que ha causado. Comenzó con la *transformación interior del hombre* a fines de la edad media: la vuelta hacia las cosas de este mundo, la inversión del más allá hacia la vida terrestre — hacia uno mismo. El hombre — por lo demás «piadoso» todavía en el sentido medieval — comienza a ocuparse de los enigmas de la naturaleza, no ya teológica y especulativamente, sino investigando, experimentando, descubriendo. La imagen del mundo se completa por los viajes de *Vasco da Gama* y de *Colón*. *Copérnico* provoca una revolución transcendental reconociendo al sol como cuerpo central del sistema planetario. A él le sigue *Kepler* que descubre las regularidades en los movimientos planetarios colocando la primera piedra de la mecánica del firmamento. *Galileo Galilei* calcula las leyes de atracción y de oscilación y hace nuevos descubrimientos astronómicos que confirman al concepto copernicano del mundo. En todos los dominios reina el espíritu nuevo de hombres nuevos: el de los artistas del Renacimiento, el de los humanistas, el de los reformadores. El provecho más decisivo lo obtiene la ciencia. *Kepler* y *Galilei* han preparado el terreno para la física clásica; con el descubrimiento de las leyes de la gravitación por *Newton*, con la formulación de las leyes de inercia, con el trabajo y la obra de *Laplace*, *Lagrange*, *Jacobi* y otros eruditos el noble edificio halló su forma monumental. Cada vez más se impone un concepto del mundo que deja obrar a la naturaleza según leyes claras, calculables, inmutables. *Goethe* las conoce al cantar:

Según leyes grandes,
Férreas y eternas
Todos debemos
Cumplir los círculos
De nuestra existencia.

Cuando más se creía penetrar en los misterios del Universo, cuanto más leyes se descubría, tanto más se profundizaba la convicción que se podría *comprender racionalmente* a todos los sucesos. A esta convicción le rendía homenaje la Época del Esclarecimiento y en lo sucesivo todo el siglo 19. *Laplace* (1749—1827) le dió su expresión más perfecta al suponer que debiese ser posible a un «espíritu del siglo omnisciente» calcular con seguridad absoluta a todo el curso del mundo futuro y pasado por la situación actual y la velocidad de todas las partes elementales.

Por lo tanto también se transmitía la mecánica clásica a la biología. En los seres orgánicos — plantas, animales y hombres — ya solo se veía máquinas alambicadas cuya vida se podía explicar por una suma de fenómenos químicos físicos. Hasta lo psíquico debía basarse en tales procesos, si no era que se le negaba por completo. Pues a todo lo que no era asequible a los órganos del sentido humanos, a la razón humana se le declaraba como ilusión, como superstición, como algo ficticio. De ahí resultaron aquellas doctrinas conocidas bajo el nombre de racionalismo y de positivismo. Debía ser posible medirlo, contarlos, pesarlo todo. En el mecanicismo reinan el *número* y la *dimensión*.

No es extraño que esta creencia también se haya traducido en la vida política social. La fe en cifras, en decisiones de la mayoría y en coeficientes de las elecciones dominaba a la política; lo cualitativo queda relegado a segundo término, la igualdad triunfa, desaparece el sentido de formas orgánicas nacidas de espacios geográficos, de condiciones biológicas y raciales; el centralismo, el mecanismo administrativo queda dueño del campo; (¡véase la «República helvética una e indivisible» de 1798!) Con la energía victoriosa de la razón se debía arreglar todo y cualquier cosa.

Pero en este concepto del mundo no quedaba sitio tampoco para Dios, para la religión. ¿Dónde podía haber lugar todavía para una libre voluntad de Dios si todo el curso del mundo funcionaba como un mecanismo de reloj después de darle cuerda según regularidades calculables? Todo lo más se le podía imaginar como *Creador al principio*, como «constructor omnipotente de todos los mundos» en el sentido de la masonería esclarecida. De este modo era inevitable que se tratase vencer al dualismo entre Dios y mundo, entre vida terrestre y más allá, entre cuerpo y alma, dualismo creado por el concepto cristiano del mundo, suprimiendo simplemente la *una* parte, es decir lo que no se podía comprender racionalmente: se negaba Dios o se le despersonificaba hasta tal punto que ya no era capaz de estorbar al mecanicismo. Resultó el monismo religioso; el más allá, lo transcendental tuvo que caer; quedaba el mundo terrestre, visible, material, construido por miríadas de átomos. También se discutía sobre todo lo demoníaco, sobre todo lo misterioso hasta negarlo; de ahí el desconocimiento de lo malo de la fe optimista en la bondad original del hombre y en el «progreso», según la tomó por base de su doctrina social el liberalismo.

Y sin embargo no se conseguía reprimir a «lo otro», a lo que no se podía comprender racionalmente. La cuenta no salía bien. El dualismo no podía ser eliminado «amputando» simplemente la una

parte. A pesar del materialismo y del racionalismo los hombres no devinieron ni felices ni razonables — y un día estalló la catástrofe, contra todas las calculaciones.

¡Y la cuenta tampoco salía bien en la *física* clásica! Aparecían contradicciones, diferencias pequeñas pero no insignificantes. Había fenómenos que contradecían a las calculaciones hechas a base de la física clásica. Además toda la ciencia se dividía cada vez más en *sectores*. La física misma formaba un conglomerado de mecánica, acústica, óptica, terminología, magnetismo y electrología. Es verdad que se encontraban puntos de unión entre estos dominios, pero nuevos descubrimientos constituían nuevos problemas que hacían dudar de la armonía orgullosa y de la terminación de la estructura.

Sobre todo era la cuestión de la naturaleza de la *luz*, del *magnetismo* y de la *electricidad* la que parecía causar dificultades insuperables. «Por eso todos los esfuerzos se concentraban en este punto, acarreando una solución feliz. Por revolucionario que sea el concepto del mundo de la física moderna sin embargo hasta cierto punto ha surgido de la física clásica.» (K. v. Neergaard.)

Los reconocimientos de las ciencias naturales

Son dos grandes sectores de la física moderna los que han causado la revolución de nuestro concepto del mundo; el *atomismo* y la *teoría de la relatividad*.

K. v. Neergaard escribe: «Con el día 19 de diciembre de 1900 (la publicación primera de la teoría de los cuantos por Planck) termina la gran época cultural que ha comenzado con el Renacimiento, la llamada edad moderna, ahora ya para nosotros una edad antigua.

Y con ello comienza nuestra época, «la época nueva» como se la llama cada vez con más frecuencia por falta de un calificativo más justo. Con más razón hablaríamos de la época biológica».

¿Cuales son esos descubrimientos revolucionarios nada menos importantes que los de un Copérnico y los de un Newton? Por las investigaciones de *Lenard*, *Rutherford*, *Planck*, *Bohr* y otros se llegó a comprender que ya no se debe mirar al átomo como a la parte elemental más pequeña de la materia sino que antes bien posee una construcción complicada basada en unidades más menudas todavía (electrones, protones, neutrones). En esto el átomo tal como lo vemos actualmente se presenta como un pequeño sistema planetario en el que suceden aquellos procesos que actualmente tienen por objeto las investigaciones de la física atomística. Estas investigaciones dieron con *efectos recíprocos* misteriosos entre la

materia y la energía que contrastan con la física clásica. Como resultados preliminares sean nombrados solamente:

La teoría de los cuantos de *Max Planck* que enseña que la materia no devuelve y absorbe a la energía (luz, calor, radiación eléctrica) de un modo continuado, sino esporádicamente, por los llamados cuantos de energía.

La mecánica de ondas de *Schrödinger* y de *Broglie* que se basa en el hecho que la luz posee una doble naturaleza y nos aparece no solo como onda sino también como radiación de partes elementales de la materia. Por lo tanto se llegó a no mirar ya a los sillares más minúsculos de la materia como materiales en el sentido corriente sino como productos de las ondas eternamente agitadas, como «resultados».

Al mismo tiempo la teoría de la relatividad introdujo al tiempo como cuarta dimensión junto a las tres dimensiones del espacio. También en este caso las consecuencias son de gran alcance para el nuevo concepto del mundo. Se hará un paso decisivo hacia su ampliación en el momento en el que se logre desarrollar a las relaciones entre la física atomística y la teoría de la relatividad, que ya existen actualmente hasta hacer coincidir por completo a estos dos sectores de la investigación.

Teníamos que mencionar en pocas palabras a estas condiciones de las ciencias naturales porque en el porvenir ninguna filosofía que quiera esforzarse en serio por explicar a lo existente podrá pasar por alto estos reconocimientos. Más todavía: en varios sentidos nos dan la clave para las tendencias espirituales de nuestra época: Para esto algunos ejemplos.

1. El reconocimiento que los átomos se componen de partes elementales minúsculas cuyo tamaño es diminuto comparado con las distancias entre ellas y además el reconocimiento que es imposible comparar a estas partes con lo que hasta ahora entendíamos por «materia», que las tenemos que mirar cada vez más como «haces de ondas» lleva a una desmaterialización progresiva de la materia. A nosotros ya no nos sirve el «sólido» concepto de la materia de la época del mecanicismo — solo vale todavía para la vida práctica, para el espacio en el que las cosas chocan duramente como es sabido. Pero para nuestro entendimiento ideológico todo lo que existe se transforma en miríadas de agitaciones de ondas: la piedra al borde de nuestro camino, al martillo de hierro que balanceamos, el agua que corre de los montes, el aire que nos rodea y que respiramos, el fortín de cemento armado que ha de resistir a las bombas, la piedra preciosa en el anillo lo mismo que el negro hollín de la vela — todos ellos en el fondo se componen

de aquellas sustancias minúsculas que ya llamamos corpúsculo, ya onda. — Así es que el concepto del mundo de la física moderna nos aleja del materialismo que nos ha traído la época del mecanicismo. ¡El antiguo *concepto de la sustancia* en el sentido de Newton pierde su validez — y con él el *materialismo*!

2. Los movimientos de los electrones en sus órbitas de cuantos se efectúan de tal modo que es imposible calcularlos de antemano (la ley de Heisenberg sobre la imposibilidad del determinismo). La *estática de los fenómenos naturales* exigida por la física clásica ya no tiene aplicación a los sucesos entre los átomos y a los procesos de radiación. En esta región realmente la naturaleza da saltos. Este reconocimiento no quedó sin consecuencias para nuestro tradicional concepto de causalidad que entró en una verdadera crisis. ¿Determinismo o indeterminismo? La alternativa es esta. Planck, el investigador celebrado por la nueva Alemania, ha examinado este problema escrupulosamente.

Como en el pequeño mundo de los átomos ya no son posibles pronósticos a base de leyes y como por el otro lado tales leyes siguen teniendo validez en el gran mundo tosco de la física clásica se ha llegado a atribuir a las últimas un valor estadístico. De los sucesos sin regla para nuestra vista en el mundo de los átomos resultan como valores medios estadísticos «las leyes férreas y eternas» de la física clásica (la ley de inercia, la ley de la gravitación etc.).

3. La época del mecanicismo trabajaba con un concepto vacío e infinito tanto del espacio como del tiempo. En este espacio y en este tiempo se operaban los sucesos de la materia que se miraba como sustancial. La teoría de la relatividad ha desbaratado también a esta percepción. El espacio solo adquiere «forma» por haber algo o por suceder algo dentro de él. ¿Y no ocurre algo parecido con el tiempo? ¿Es infinito el espacio? ¿Y qué pasa con el curso del tiempo? Los plasmadores del nuevo concepto del mundo todavía hallarán aquí una inmensidad de trabajo que espera ser llevado a cabo.

La materia y la vida

En todo caso es sumamente esencial para nuestro nuevo concepto del mundo que las leyes de la mecánica clásica no tengan aplicación a los sucesos de los átomos. Con eso han *perdido su validez absoluta*. Si ya no son competentes para el movimiento de los electrones ¿cómo podrán regir entonces por ejemplo en los *organismos vivientes*, es decir en el dominio biológico? Y eso era lo que creía el mecanicismo. La biología solo era un caso especial de la física y de la química.

Así ya está hecho un paso decisivo hacia el nuevo concepto del mundo: Se comprende la regularidad propia de los distintos grados de existencia en el reino de la naturaleza. Se le reconoce a la biología — la ciencia de la vida — su propia razón de ser. No acaso en el sentido que en el dominio biológico las leyes de la física no tuviesen también su validez: si con mi brazo levanto un peso las leyes mecánicas también entran en cuenta. Pero en el reino de lo viviente existen leyes específicamente *propias* que solo pertenecen a este reino y que se ha perdido de vista en la época del mecanicismo. La comprensión de la legalidad propia de los procesos de los átomos ha llevado por lo tanto a la comprensión de la legalidad en otros dominios también, sobre todo en el de la biología.

En esto se ha concebido a lo existente cada vez más bajo la idea de graduación. *K. v. Neergaard* habla de un «concepto perspectivo del mundo». Como base ve al mundo de los átomos que es el campo de actividad de la física moderna. Sobre ella se yergue el dominio de la física y de la química clásica. Siguen los productos más complicados de la química de los coloides y de la albúmina. Ahora viene un salto extraordinariamente grande: de la materia muerta al organismo vivo. Planta, animal, hombre y sus comunidades son el reino de la biología. Encima de él se halla por fin el de los «valores», el de la metafísica — o según quiere llamarlo *v. Neergaard*, el de la metabiología.

Como el nuevo concepto del mundo no está todavía nada menos que rematado a menudo son muy distintos los modos de ver. Hallamos una visión muy parecida a la de *v. Neergaard* en el libro de *Brunner* «Revelación y razón». Allí se mira como escala primera al mundo «muerto» de la materia; en el se basa como caso especial por decirlo así lo viviente que a su vez estriba en un caso especial: el hombre.

De otro modo distinto lo ve el filósofo *Ernst Krieck*. Para él no hay ningún mundo muerto en absoluto pues en todas partes se hallan microorganismos, vestigios innumbrables de la *omniexistencia*. *Krieck* comprende claramente la importancia de la biología para la época venidera:

«La ideología que está a punto de formarse acarrea un nuevo concepto, una nueva comprensión de la vida, una nueva imagen del hombre, de su situación frente a sus iguales, frente a la naturaleza y a la historia, frente al mundo y frente a Dios. Ideología «biológica» es todavía una expresión bastante imperfecta para esta evolución. En todo caso: la especialidad científica «biología» ni coincide con la «ideología biológica» ni es adecuada y suficiente

por su estrechez para servir de base a esta ideología. La ideología aspira a un concepto de «vida» universal, integral y total y la ciencia que en ella se basa, sobre todo la antropología racial-étnica-política que se está formando es la única que satisface al totalismo.»

El desprendimiento de nuestro pensar del mecanicismo y la comprensión de la graduación de lo existente — reinando en cada escala las leyes típicas para ella — originarán en todo caso *una unidad mayor de todo el concepto del mundo*. Por ejemplo el concepto biológico del mundo ya no conocerá la división de la ciencia en ciencias y letras. Pues todas se ocupan de la *vida*. «Vida abarca en una unidad lo que antes se veía dividido en las dos partes de cuerpo y alma, de naturaleza y espíritu. Por eso una ciencia universal de la vida está también más allá, por encima de la antinomia tradicional entre naturaleza y ciencias filosóficas. No es la cuestión fundamental de que modo concuerdan en la vida naturaleza y espíritu: ambos son partes de una unidad original.» (Krieck)

Por lo tanto el concepto biológico del mundo es *integral*. Nuestra época aspira a encontrar *la unidad mayor* después de una época de descomposición espiritual. No se concilia las contradicciones generalizando las leyes de una escala sino *comprendiendo las leyes propias* de cada escala de la existencia. De ahí resulta también una actitud nueva frente a lo metafísico que se debiese mirar como un dominio graduado particular de valores (v. Neergaard) — es el dominio de la ética y de la religión.

La realidad de la vida

Hemos tentado trazar un modesto esbozo del desarrollo ideológico de la «nueva época». Es la tarea y el deber de nuestra generación y de las generaciones venideras *desarrollar el concepto biológico del mundo*. Un concepto del mundo no existe para si solo. Repercute en todos los dominios de la vida humana, tanto en lo grande como en lo pequeño; arte y ciencia, religión y política, forma de gobierno, economía, matrimonio, familia, educación, todos ellos están impresionados y dominados por el.

Según ya hemos visto son transcendentales los efectos de un concepto del mundo sobre *las formas de la sociedad* humana. Está plasmándose el orden político y social que corresponde al futuro concepto biológico del mundo. Aquí y allá ya se manifiesta claramente su estructuración. El «arte» de crear un orden deviene hoy en día cada vez más el centro de la actividad humana. En la época

venidera el centro cultural no será ni el arte que dió a la antigüedad su esplendor y su gloria porque la armonía caracterizaba a ese concepto del mundo; ni la religión que prestó a la edad media cristiana su sentido eterno por la lucha grave entre el bien y el mal; ni la ciencia exacta y el mecanicismo surgido de ella que originó la dominación técnica de la vida terrestre; sino será algo *nuevo* lo que formará tal centro. Pero como es algo absolutamente nuevo aun no hemos encontrado la palabra correspondiente para denominarlo. No es política en el sentido antiguo, no es biología como estrecho concepto científico. ¡Que la lengua alemana cree para ello una palabra vigorosa!

Igual que el artista sirve al arte, el sacerdote y el santo a la religión, el erudito a la ciencia, un *tipo de hombre heroico* servirá a eso nuevo que no es ni arte, ni religión, ni ciencia, sino algo equivalente que domina a la vida de un modo nuevo.

No podemos superar a lo que creó el arte antiguo en el sentido de encontrar nuevas leyes de la belleza. No podemos exceder a lo que nos dió el cristianismo ni por revelaciones superiores ni por más altas exigencias morales. Tampoco podemos pedirle más a la ciencia que la tendencia absoluta hacia la verdad y la exactitud de su investigación.

Pero lo que podemos todavía, lo que significa la tarea del siglo 20 eso es la creación de valores supremos en el plano biológico-político-social: las más profundas comprensiones, las exigencias supremas, las obras más perfectas. En eso consiste el sentido de la época biológica. La época del mecanicismo creó formas de gobierno y órdenes nacionales mecánicos, la época biológica los producirá *orgánicos* es decir teniendo en cuenta la *realidad de la vida*.

El concepto biológico del mundo es una escala nueva en el largo proceso de reconocimientos que coincide con la historia. El curso biológico de la vida individual es metódico; no hay ningún retroceso, ninguna repetición. Lo mismo vale también en gran escala, en la historia. Ernst Kriek dice en su «Antropología étnica-política»: «Únicamente tienen historia real las unidades de la vida humana porque solo ellas están dispuestas a escuchar y a contestar a la llamada de Dios: solo ellas conocen al destino y al tiempo verdadero, al tiempo cumplido, a la hora de la decisión y de la realización, al curso irrevocable y al tiempo de forma única». — Y el teólogo Brunner — aun ajeno en muchos sentidos al nuevo concepto del mundo — escribe: «Historia universal solo existe donde haya una finalidad absoluta y definitiva de la historia.» La época biológica venidera es otro tramo de este largo camino. Nosotros estamos destinados a echar por él.

CARLOS MA. R. DE VALCÁRCEL, MADRID:

Los Españoles . . .

Una de las características históricas más acusadas de España en cuanto ente político es la de intervenir de una manera contundente en todos los grandes acontecimientos que conmueven la raíz de los pueblos civilizados y son como grandes virajes en el largo camino de la historia de la cultura. Y siempre España ha jugado un principalísimo papel, vertiendo, generosa y heroica, la sangre de sus mejores hijos.

En el año casi fabuloso de 711 llega violentamente, en feroz cabalgada, el Islam a Europa, a España, primera nación del viejo continente que siente la huella de los caballos del desierto, cabeza de desembarco para la invasión del mundo civilizado ordenada por Mahoma: engarzada en las puntas de las lanzas de unos pocos millares de cabileños africanos y árabes puros llega la religión de la sumisión a la fe de un Dios único, ardiente y lejano, enorme y amorfo, base de un Estado con califas — capricho despótico del soberano —, con harenes — madres despojadas indignamente de sus atributos —, con una raza dominadora — extranjeros sobre españoles. Al empuje huracanado de los árabes cede Andalucía y Extremadura y Castilla: pero en las montañas de Asturias un noble godo, Pelayo, inicia la resistencia, en guerra de guerrillas, a la española: junto con el franco Carlos Martel empuja a la morisma hacia el Sur de origen y ya los reyes de León y de Castilla tienen por fin principal la lucha contra el moro, contra el infiel. Que es definitivamente expulsado de España, de Europa, en 1492, por las tropas victoriosas de Fernando e Isabel, los Reyes Católicos.

En el mismo año Cristobal Colón descubre América: los navegantes españoles y portugueses conquistan para la asombrada Europa todo un mundo nuevo pletórico de riquezas inmensas. España envía allá sus mejores mozos, soldados, marinos, misioneros, para que el nombre de Dios y del César sea conocido y respetado en toda la anchura del orbe. Mientras, la estupefacta Europa, dividida en banderías y principados, en guelfos y gibelinos, se desangraba por empresas mínimas, enanas.

Y cuando el turco envalentonado llega hasta las puertas de Viena y tiembla de horror toda la Cristiandad, son las naves de

España y los marinos españoles con Don Juan de Austria a la cabeza quienes destrozan el poder de la Media Luna sobre las azules aguas de Lepanto. Salvando otra vez a Europa de la destrucción de su cultura, de la barbarie y la matanza. Allí, en «la más alta ocasión que vieron los siglos» quedó manco Cervantes, poeta-soldado como después Lope de Vega, en la Invencible Armada. Y mientras Inglaterra roba el oro americano de los galeones de España, ésta sigue sembrando Europa de huesos españoles: en Amberes, en Pavía, en Besançon, en las Filipinas, en Patagonia, en Argel — allí donde hubiera ocasión de hacerlo en nombre del Imperio.

Y cuando Napoleón triunfa en toda Europa y pasea las águilas de Francia invencibles desde la Bretaña hasta Smolensko, en España no cosecha más que derrotas: Madrid, Bailén, los Arapiles, Vitoria... España, deshecha, humillada, pobre, agotada por un esfuerzo que ha durado siglos, se rehace y en un gesto maravilloso de energía expulsa al invasor odiado. El pincel inigualable de Goya nos ha legado en cuadros famosos algunos de los episodios de aquella guerra sin cuartel; navajas contra bayonetas, campesinos contra granaderos, trabucos contra cañones: los vencedores de mil batallas fueron vencidos — alegremente, a la española también — en Zaragoza y en los Bruchs, en Gerona y en las llanadas de Castilla.

Y cuando el asiático Stalin ordenara la conquista roja de España, como cabeza de desembarco otra vez para la invasión de Europa, la juventud española que no había heredado de sus padres más que el espíritu de derrota imbuido por nuestros desastres coloniales, se alzó gritando y muriendo por todos los caminos de la Patria y, sin armas, sin equipos, sin aviación — ¡aquellas gestas del año 36, el Alcázar de Toledo, Somosierra, el Alto de los Leones, Nuestra Señora de la Cabeza, Simancas...! — comenzó la lucha sin piedad contra la horda soviética que creía empresa fácil dominar a los descendientes de Hernán Cortés y de Gonzalo de Córdoba, a los nietos de los conquistadores de Europa y de América. Contra los tanques rusos opusimos la botella de gasolina — como nuestros abuelos de 1808 la faca contra los sables franceses — y frente a la superioridad numérica opusimos nuestra fe en Dios y en nuestro Caudillo. Y triunfamos codo con codo de aquellos maravillosos soldados de la Legión Cóndor y de los batallones italianos. Y las batallas de Brunete, del Maestrazgo, del Ebro son inicio de las bolsas gigantescas hechas por la Wehrmacht en las estepas rusas. España — la primera — derrotó para siempre a los ejércitos rojos

que alienta la sombra maldita de Lenin. En aquella hora Alemania e Italia mandaron también la flor de su juventud a morir por la causa de Europa en esta tierra española: frente a nosotros, la frentepopulista Francia, la democrática Inglaterra.



A estas mismas horas, soldados españoles, falangistas sin miedo y sin tacha, caen para siempre quizás ante los muros de Leníngrado. España aún tiene — lo ha dicho el Caudillo — un millón de combatientes para enviar contra la furia roja. Y cuando suene la hora de la paz sobre esta Europa hoy en llamas, los españoles hemos de tener un digno puesto en las tareas de reconstrucción del mundo.

Nosotros, los españoles, que por Europa descubrimos un mundo. Que por la cultura hoy amenazada hemos vertido sin tasa lo mejor de nuestra sangre. Que sufrimos — estoicamente — hambre de justicia.

Nosotros, los españoles...

La confederación europea de Estados

La obligación de formar una confederación europea de Estados estriba en el derecho propio de las naciones europeas mismas y en la cultura que han adquirido.

Pues la confederación europea de Estados no es otra cosa que una alianza declarada para siempre entre Estados libres e independientes.

De esta confederación de Estados surgirá por si misma una paz general entre las naciones unidas y solo se la puede alcanzar y desear por este camino.

Karl Ch. F. Krause,

Filósofo alemán, 1781—1832.

El mito de la historia

La historia es un mar vasto, eternamente variable, eternamente voluble, con corrientes alterables, con tempestades y alboroto de olas o con la superficie tranquila, pacífica y tersa, eternamente agitada y sin embargo siempre igual, con profundidades inmensas, insondables y con misterios inaveriguables.

Así conocemos a la historia que se parece al mar en su omnipotencia y en su variedad. Olas se levantan, se encrespan y rompen, olas ligeras y poderosas rompen, se vuelven a allanar y desaparecen para dar lugar a olas nuevas — desasosiego eterno sobre la quietud profunda, superficie cambiante sobre profundidades misteriosas. Esa es la historia, la historia de la humanidad lo mismo que la de la vida humana.

Actualmente vivimos en una época fecunda en acontecimientos. La historia ha llamado a nuestra generación a solucionar grandes problemas. Generaciones venideras nos envidiarán todavía dentro de siglos igual que nosotros hasta ahora mirábamos con profundo respeto a las generaciones pasadas a las que le fué dado cooperar en la erupción de épocas grandes. Los «hombres grandes» de la historia se nos revelan como héroes, caudillos, reorganizadores y precursores, porque en ellos se cristalizaban las grandes transformaciones de la cultura, las grandes revoluciones por lo que devinieron realmente los grandes hombres de la transición.

El presente en el que nos hallamos es una época de tempestad y de revolución. Las olas se rompen y se encrespan, el mar está agitado. Es una época fecunda en acontecimientos. Un mundo está naciendo y levanta miles y miles de brazos hacia el sol, hacia la luz, hacia la vida. Las profundidades, la muerte y la destrucción absorben millones. Un mundo se hunde en nuestra época.

Con todos los medios que están a la disposición de nuestra ciencia no podemos averiguar los caminos y los últimos fines de nuestra época. Es imposible analizar o calcular su sustancia. Otra vez vuelve a surgir el *mito*. Mediante el mito el alma universal comprende lo insoldable. El mito nos permite sospechar el sentido de los acontecimientos.

Hay hombres que persiguen imperturbables el curso de ideas de generaciones pasadas; su pensar es mecánico y solo obedece al frío cálculo — se santiguan, suspiran y cabecean. No quieren com-

prender al mundo nuevo al que se oponen con todas sus energías. Están convencidos que todo lo nuevo significa desastre. Frente a ellos hay hombres ardientes de visiones y de la solemnidad del mito, hombres que llevan en si la llama del porvenir y en cuyas venas late la corriente de la historia y de la vida. Ellos tampoco conciben todas las coherencias y sin embargo las comprenden de un modo propio. Poseen la fe y están dispuestos a responder de ella hasta con la vida si es preciso. Son los hombres del mito, los heraldos de la historia, los arquitectos imponentes de una época, acaso de un milenario. Construyen la nueva época, obedecen a la *ley* de la historia y de la vida; por ellos se realizan los *fin*es de la historia cumpliendo su *sentido*.

Es patético observar como la historia elige a sus mediadores. No conoce las medidas que nosotros los hombres aplicamos al juzgar a nuestros conciudadanos. No señala límites entre pobres y ricos, no conoce ni rangos ni clases, no exige exámenes del colegio, ni trata de granjearse el favor de la erudición; solo reconoce a los *sentimientos del corazón*. Ellos le bastan. ¡Que aprendamos de ella!

Cuando algún día haya pasado el temporal, se haya aplacado la tempestad y nuestro porvenir nuevo se yerga en grandeza solemne como obra de creación entonces nos parecerá inconcebible que hubo entre nosotros contemporáneos raros y absurdamente estrechos de miras que ya no se nombrará ni de paso en los libros de historia.

Entonces los problemas de nuestro presente se transformarán en trivialidades y acaso muchos de nosotros se sonreirán de si mismos. Recobraremos nuestra tranquilidad interior y en el día recién nacido nos dedicaremos a nuestro trabajo de generación en generación hasta que nuestra antiquísima comunidad cultural tenga que pasar otra vez por nuevas tempestades. Ese es el mito de la historia.

Los dos mundos

La lucha en la que se debate hoy el mundo entero es en último término la lucha entre el imperio de Dios y el de las fuerzas más bajas y ocultas. Esta pugna ha existido siempre pero hoy es más clara y más patente que nunca.

*Profesor Sigmund Mowinckel,
Decano de la Facultad de Teología de Oslo.*

ANDREAS MECSÉR, PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE COMERCIO DE BUDAPEST:

Pan para Europa

PROYECTOS PARA LA INTENSIFICACIÓN DE LA AGRICULTURA EUROPEA

La lucha por la libertad de Europa ha llevado los pueblos de este continente al conocimiento de que están unidos por intereses comunes y que mediante una disciplina común de la producción y del rendimiento representan su inquebrantable potencia como organismo estable y duradero. Este principio fundamental debe ser igualmente válido y aplicable en el auto-abastecimiento de la Nueva Europa.

Actualmente, tanto en el consumo de alimentos como en el rendimiento de la producción se aprecian ocultaciones e irregularidades cada vez mayores.

En el rendimiento de la producción agrícola ocupan un lugar predominante Alemania, Bélgica, Holanda y Dinamarca. Desde el punto de vista de la intensidad y del desarrollo técnico esos países ofrecen a todos los pueblos un ejemplo: Alemania lo ofrece, además, desde el punto de vista de la organización de la energía productora. Los pueblos del Este y Sudeste de Europa figuran, por su desarrollo, en lugar secundario detrás de los citados. Los pueblos del Sudeste de Europa, Hungría, Croacia, Servia, Rumania y Bulgaria, en los años 1931—1935 no pudieron alcanzar el promedio de cosechas logrado por Alemania y que por aquella época no era nada elevado. En lo referente al promedio de cosechas obtenido en trigo, centeno, maíz, patatas y remolacha, los países del Sudeste de Europa se agrupan por el siguiente orden atendiendo al rendimiento alcanzado: Hungría, Bulgaria, Yugoslavia, Rumania y Grecia. Incluso los pueblos del Sudeste europeo podrían, sin dificultad alguna, aumentar por lo menos en un 25 % su capacidad de rendimiento, lo que atendiendo a las cifras de producción de 1937 y limitándose tan solo al trigo, significaría siete millones de toneladas de aumento en el rendimiento; o sea que estos países podrían incrementar desde cuatro hasta los once millones de toneladas el excedente de su exportación. El aumento de la capacidad de producción en el Este de Europa es el primer fruto de los duros sacrificios de la guerra y que en los años venideros habrá de llegar a madurar por completo.

Con el acoplamiento económico del Este de Europa la superficie de terreno utilizable agricolamente se eleva hasta 5,04 millones de kilómetros cuadrados. Si se consigue situar la totalidad de esa superficie cultivable al mismo nivel de la agricultura alemana, la Nueva Europa podrá alimentar fácilmente a mil millones de personas. Esto significa que la población de la Nueva Europa podría llegar a duplicarse sin dificultad alguna.

En Europa y prescindiendo de la Unión Soviética y de los Estados bálticos se produjeron 46 millones de toneladas. A esta producción se contrapuso un consumo de 48 millones, quedando, por tanto, dos millones sin cubrir. Esta laguna puede ser fácilmente suprimida con sólo poner en cultivo los territorios hasta ahora mantenidos sin cultivar.

Mediante una elevación continuada, la producción agrícola de Europa puede alcanzar, de año en año y con un ritmo revolucionario, una época de superabundancia.

Para lograr un aumento de la producción agrícola con un ritmo revolucionario hay que situar a la agricultura toda sobre una base unificadora. De aquellas *tareas* conducentes a un incremento de la producción, esbozaré aquí, incidentalmente tan solo, la *economía forestal y la maderera* que son de gran importancia desde el punto de vista industrial; las menciono principalmente por eso y porque las plantaciones forestales ejercen influjo sobre las condiciones climáticas y éstas, a su vez, actúan recíprocamente sobre la producción agrícola. Por todas estas razones los cultivos forestales no pueden separarse tampoco del complejo de problemas determinados por el auto-aprovisionamiento europeo.

Respecto a los *problemas capitales* de la agricultura y de la producción y administración de los alimentos, sólo quiero atraer la atención hacia lo siguiente:

Para abarcar unificadamente las posibilidades de la explotación agrícola hay que llevar a cabo, basándose en métodos de investigación unificados, una *labor de cartografía agraria* de Europa. Sin embargo y a título provisional podría bastar la recopilación desde puntos de vista coincidentes, de los datos contenidos en las cartas agrarias disponibles.

Los *problemas económicos derivados de la beneficiación de las aguas* sólo pueden ser resueltos en relación con una *regulación fluvial* realizada en máxima escala y con la *economía de las fuentes de energía eléctrica*, con lo cual quedarán afectados en primera línea el *suministro de corriente*, factor que coopera al incremento de la producción agrícola, y la *mecanización de la agricultura*. El excedente de los pueblos ricos en energías hidráu-

licas debería aplicarse a la electrificación de la agricultura en los pueblos pobres en esa clase de energías, mediante la instalación de centrales hidroeléctricas y de *redes continentales*. Para una elevación uniforme de la producción agrícola no basta con desarrollar y difundir más aun las diversas clases de *abonos artificiales* de alta calidad, sino que simultáneamente deberá procurarse un incremento en el aprovechamiento de los abonos animales y vegetales. Con ello se armonizan la implantación de un *cultivo más intensivo de la tierra* y la *roturación* de todos los terrenos hasta ahora todavía no aprovechados o deficientemente explotados para la agricultura mediante un sistemático *mejoramiento del suelo*.

La *colaboración unificada* puede determinar en la Nueva Europa un aumento de la producción en todos los aspectos de la agricultura.

Al logro de esta finalidad contribuyen tanto una colaboración metódica y regular entre las *estaciones botánicas*, como un intercambio de *semillas* selectas o de observaciones y experiencias sobre los aspectos de la *cria* y del *cruzamiento* en cada país aislado y según sus diversas condiciones climáticas. Hay que reclamar una extensa *mecanización de la agricultura* en la Nueva Europa a fin de que la producción llegue a su punto máximo. Esenciales para el logro de ese fin son la unificación y estandarización de todas las máquinas agrícolas y sus accesorios en cuantía tal que pueden satisfacer la demanda creciente de unos y otros. También deberán establecerse con el mismo criterio unificador el correspondiente número de talleres de reparación y de depósitos de piezas accesorias.

Un intercambio regular de los mejores sementales de casta entre los diversos países, el incremento en la agricultura de la *cria y cuidado de los efectivos animales existentes*, la colaboración de los servicios veterinarios y de protección a las plantas, así como una *lucha común contra los animales dañinos y contra las epidemias perjudiciales a animales y plantas*, aprovechando para esta lucha los más recientes resultados de la investigación química, todo esto, en suma, habrá de ser fomentado y facilitado.

El aprovechamiento de los terrenos productivos puede intensificarse muy considerablemente mediante el desplazamiento del centro de gravedad de la alimentación animal a la alimentación vegetal; para la elaboración de alimentos de origen animal y atendiendo a su valor en calorías, es necesario un terreno de cultivo tres veces y media mayor que el necesario para la producción de alimentos vegetales dotados de un número de calorías idéntico al

de aquéllos. Puede observarse, además, que dando la preferencia al cultivo de verduras el terreno se aprovecha intensivamente de manera especial. Practicando un sistema de producción de verduras adecuado, sobre un terreno de cien metros cuadrados, pueden obtenerse alimentos vegetales suficientes para cubrir durante un año entero las necesidades de vitaminas A y C de una familia de cinco personas. Además hay que asegurar también a Europa la cantidad necesaria de aceite comestible para su consumo, estipulada en unos cuatro millones de toneladas. Para realizar estos planes unificada y efectivamente, tienen que trabajar todos los productores agrícolas de Europa ajustándose también a principios básicos unificadores. Sólo así podrán satisfacerse completamente todas las exigencias y tareas que plantea el autoaprovisionamiento de Europa.

Al lado de las medidas que contribuyen inmediatamente al incremento de la producción, hay otras no menos importantes cuya finalidad es la *regulación del empleo y distribución de los trabajadores y la distribución de los productos agrícolas*. El excedente anual de trabajadores del campo en algunos países debe ser encauzado hacia otros donde hay escasez de agricultores. Así, por ejemplo, los pueblos del Sureste de Europa pueden ceder durante largos años unos dos millones y medio de sus obreros agrícolas, en parte a Alemania, y en parte a la Europa Oriental; otros podrían ser dedicados al desecamiento y roturación de terrenos pantanosos en una extensión de 1,65 millones de Hectáreas, a obras de irrigación sobre una superficie cultivable de 2,59 Hectáreas y a la regulación del caudal de los ríos y construcción de obras preventivas contra inundaciones en una extensión de 2,38 millones Hectáreas. Para asegurar y controlar permanentemente la situación del mercado pueden crearse carteles y sindicatos agrícolas para la economía de cada pueblo los cuales, a su vez, se organizarán y unirán entre sí sobre el continente entero.

Es mucho lo que depende de la *formación y capacitación* sistemática de los trabajadores agrícolas especializados. Un adiestramiento formativo unificado, ajustado a planes comunes elaborados por las entidades dirigentes de la economía y una organización del intercambio de agricultores pueden aportar muchas ventajas para el cultivo del suelo y proporcionar la utilización de experiencias prácticas hechas por cada economía nacional individualmente. Así, por ejemplo, agricultores bien experimentados de Dinamarca o de Holanda podrían establecer en el Este y en el Sudeste de Europa explotaciones intensivas y ganaderías modelo que hayan de cubrir las necesidades del consumo de forrajes, de esta manera

puede crearse sobre Europa entera una red de empresas modelo, que sirva a las demás como ejemplo, estímulo y lazo de unión. El rendimiento de la producción no debe exteriorizarse nunca en palabras huecas sino siempre en resultados tangibles.

El sistema de cargas contributivas sobre terrenos y fincas debe acomodarse, al mismo tiempo, a la capacidad de rendimiento real de la explotación agrícola. Un rendimiento en la producción que acuse una superioridad sobre la capacidad de rendimiento previamente fijada debe ser premiado con una reducción contributiva tan elevada que en cada distrito agrícola haya *un* agricultor el cual, como recompensa a los resultados máximos logrados por él en competición de rendimiento con los demás agricultores, goce una exención total de contribuciones e impuestos durante todo el tiempo que se mantenga a la cabeza de sus competidores. La condición previa para todo esto la constituye la creación de concursos de rendimiento entre las economías nacionales e igualmente en la totalidad del gran espacio económico de Europa.

La primera condición para un aumento de la producción la constituyen tanto una *regulación del mercado* asegurada, como una *estabilización de los precios*. Sobre la ordenación unitaria del mercado de las economías nacionales descansa la ordenación del mercado de la totalidad de Europa: lo que exige de nuevo por parte de las economías nacionales un plan de producción armonizado y acordado entre todas, fijado a largo plazo, y una unificación de la legislación de precios europea.

Para asegurar la alimentación también en los años de cosechas poco abundantes, una común *economía europea de almacenamiento de reservas* debe asegurar los precios estabilizados. Trigo, grasa, tocino, carne y conservas en cantidad suficiente para un año, por lo menos, deben mantenerse en reserva en las diversas zonas de Europa a fin de que los gastos de suministro y de transporte sean lo más reducidos posible.

Los gastos y las dificultades de transporte se reducirían considerablemente con el emplazamiento de las industrias láctea y conservera en la inmediata proximidad de las zonas de producción. Una red de canalizaciones y de líneas férreas construida con arreglo a un plan adecuado facilitaría igualmente el suministro de los productos agrícolas en todas las partes de Europa. Para proteger y asegurar el consumo de carne, pescado, frutas y verduras, debe establecerse entre el productor y el consumidor una cadena frigorífica que impida se descompongan y echen a perder productos de importancia vital.

Por medio de tratados multilaterales se garantizarán y asegurarán en la Nueva Europa una producción metódica y la administración de las materias alimenticias.

*

Puede afirmarse, pues, que la elevación del standard de vida europeo depende en primer término de la organización unitaria tanto de la agricultura continental, como de la administración de los alimentos. Hay que tener presente, sin embargo, que la producción agrícola no puede acelerarse en la misma medida que la producción industrial porque aquélla no es un problema de simple cálculo de explotación sino una producción que tanto dentro de la propia economía nacional como en la del gran espacio económico continental requiere como condiciones previas una *colaboración orgánica*, un *intercambio de experiencias* y la aplicación de *principios fundamentales* unificadores. La producción agrícola no es una ecuación sencilla sino una ecuación binomia cuyas numerosas incógnitas sólo pueden ser despejadas por los dirigentes agrarios de los pueblos europeos trabajando unidos. Para evitar toda perturbación después de la guerra, son necesarios tanto un plan transitorio establecido con carácter continental, como un plan económico de paz, calculado a largo plazo, para la producción agrícola y para la administración de los alimentos.

Un organismo central europeo para la agricultura y la administración de los productos alimenticios tendría por misión fijar los objetivos, los principios y los métodos continentales y establecer los órganos ejecutivos y de control correspondientes. La misión de cada pueblo aislado constituye entonces la más completa realización del auto-aprovisionamiento de la Nueva Europa.

La tarea más urgente es la movilización de todas las fuerzas productoras de la agricultura europea a fin de que ya el próximo año económico acuse los mejores resultados atendidas las posibilidades existentes. La estadística señala escuetamente cuán gigantescas son estas posibilidades. Todavía hay muchas fuentes de producción inexploradas y numerosas negligencias; pero ya quedará demostrado que todos los problemas pueden ser resueltos. Una *distribución del trabajo* ordenada, armonica y engranada entre si habrá de jugar un papel de especial magnitud en este terreno y representará el primer paso hacia una economía de paz. El final victorioso de la guerra actual ya no es ningún problema militar pues no puede existir duda alguna sobre el hecho de que nuestros soldados triunfan en todos los lugares donde combaten. Esta voluntad de victoria debe animar también la agricultura y la administración de los alimentos totalmente movilizadas.

*MINISTRO DEL REICH, DOCTOR EN INGENIERÍA H. C.
WILHELM OHNESORGE:*

El correo al servicio de Europa

Cuando se habla por primera vez con no expertos sobre la idea de una unión postal europea muchas veces se oye hacer la pregunta si es realmente necesaria tal unión dada la existencia de la Unión Postal Universal y porqué se da impulso al proyecto precisamente de parte alemana siendo la Unión Postal Universal la obra de un gran alemán cuya gloria quedaría posiblemente cercenada. Sin embargo planteando justamente el problema sería preguntar precisamente en el sentido de deseos anteriores de Heinrich von Stephans, como es que solo hoy parece realizarse una Unión Postal Europea y que no exista hace tiempo ya, dada la posibilidad prevista expresamente en el tratado de la Unión Postal Universal de que algunos países o grupos de países pudiesen juntarse en asociaciones más estrechas dentro de la Unión Postal Universal para conseguir de este modo mejoramientos postales más esenciales todavía.

Los casi setenta años que han transcurrido desde la constitución de la Unión Postal Universal han probado también que eran justificadas tales disposiciones particulares de anchas miras. Muchas naciones no solo se han decidido a contraer convenios por separado con países vecinos, sino en el curso del desarrollo de las relaciones interestatales se han formado grupos de países que teniendo en cuenta intereses políticos, económicos y culturales realizaron ventajas considerables en el servicio postal internacional de su dominio.

En todos los casos se introdujo en general para el servicio postal el porte interior y se logró de este modo fomentar las relaciones económicas y culturales entre las distintas naciones. Pero lo que era posible en el vasto continente americano, en el Imperio británico y en el continente negro le quedó negado a Europa. Ciertamente que algunos países hicieron arreglos particulares que tenían en cuenta los intereses de las partes contratantes, si, incluso se formaron algunas asociaciones más estrechas como la Unión Postal de los Balkanes (a la que sin embargo no pertenecía Bulgaria) o la Unión Postal Escandinava entre Finlandia, Suecia, Noruega, Dinamarca e Islandia. Pero a pesar de las grandes ventajas que una unión postal más estrecha hubiese acarreado forzosamente para todos los Estados interesados la desunión

política de nuestro continente repercutía paralizadoramente también en el sector postal. Actualmente, como la mayoría de las naciones de nuestro continente conscientes de su unidad de destino luchan mano a mano contra el bolcheviquismo y todas sienten las repercusiones del bloqueo anglo-americano ha sonado la hora para la realización de una idea antigua y de una necesidad absoluta. Ahora que en todas partes se impone el conocimiento que los países de Europa dependen y deben seguir dependiendo unos de otros en su formación política y en su desarrollo futuro, ahora también ha llegado el momento en el que el correo como mediador en todos los sectores de la vida ha de emplear sus múltiples posibilidades y sus medios muy extensos al servicio de la nueva plasmación europea si no quiere fracasar frente a la grandeza de nuestra época. Un empleo así jamás puede dar un resultado unilateral.

Las tareas puestas por el destino en nuestra época de revolución trascendental de todas las naciones de nuestro continente son tan imponentemente grandes que solo una centralización y cooperación de todas las energías pueden cumplir las exigencias de una actividad universalmente intensificada. Al correo cuyas comunicaciones se extienden por los países y por los continentes como un sistema nervioso le corresponde una gran responsabilidad en este despliegue de la potencia europea concentrada. Pues previsoramente ha de crear condiciones que capaciten a todos los Estados de Europa a participar en el trabajo común y por lo tanto en el provecho. Son tan numerosas y variadas las dificultades que se oponen a las administraciones europeas sobre todo por las cuestiones financieras y monetarias, por problemas organizatorios y técnicos que solo ejecutando largos trabajos preliminares es posible crear las condiciones necesarias, según en parte ya ha sido el caso con los acuerdos con Italia, Finlandia, los Países Bajos y Dinamarca.

Lo primero es la introducción de un porte uniforme para las cartas corrientes y la simplificación y unificación de las escalas del peso, muy distintas todavía. A pesar de todas las dificultades no existe ningún motivo terminante que a la larga pudiese impedir estos mejoramientos esenciales. Porque si es posible transmitir una carta con porte interior por ejemplo de Madrid a Santiago de Chile o de Aberdeen a Melbourne, no es posible sostener que una carta de Basilea a Lörrach o de Bucarest a Sofía cueste más de lo doble solo porque entre ellas esté la frontera política. El ejemplo de los acuerdos hechos entre Alemania por un lado e Italia, Finlandia y los Países Bajos por otro demuestra, aunque solo en

un principio, qué es lo que se puede conseguir. Ya es bastante remarcable que por la asimilación y simplificación de las escalas del peso ahora se pague solo 40 Pfennig por una carta de 500 gramos de Berlin a Roma, Helsinki, Amsterdam o viceversa que antes costaba 3,85 marcos. Considerando que todos los años se cambian muchos cientos millones de cartas entre los Estados dentro del continente europeo ya podrá uno hacerse una idea, qué importancia corresponde a tales innovaciones.

Mejoramientos considerables parecidos se puede realizar en todos los sitios en los que la técnica se haya adelantado al desarrollo orgánico. Hoy en día ya no se necesita una extraordinaria audacia de imaginación para declarar que en el porvenir el servicio postal aéreo conseguirá una gran importancia por el empleo de aviones nocturnos en todas las líneas esenciales, si, que con el tiempo se formará una red postal aérea densa en cooperación con automóviles de línea postales que acercará más entre sí a todas las partes de Europa y que un día podrá encargarse de la parte principal de la transmisión postal. Igualmente es fácil comprender que tiene suma importancia la ampliación de la red europea de cables de larga distancia y de la red de telerregistradores. En adelante ya no existirá ninguna firma grande en Europa que no pudiese comunicarse con otra telerregistrando por la gran red que se ha de construir; y por la ampliación de la red de cables de larga distancia se ha de conseguir que aun las más grandes exigencias frente a la comunicación interestatal por teléfono y telégrafo puedan ser prontamente satisfechas. Las nuevas instalaciones técnicas que, verdad es, exigen en parte varios años para su construcción y millares de gastos, junto con la simplificación de la organización y de los portes serán de una importancia inapreciable para el desarrollo de nuestro continente. Cuanto mejor sean organizados el correo y la comunicación de gran distancia de los distintos países tanto más valiosos serán los servicios que prestarán a la comunidad europea y cuanto más trascendental y unificada-mente cooperará el correo del continente entero tanto mejor podrá servir a todo el mundo. ¡La Unión Postal Universal que sigue siendo competente para las comunicaciones internacionales ha creado una red de enlaces de grandes mallas por la tierra entera! Ahora es la tarea de la Unión Postal Europea formar una red tan espesa que posible de máximo rendimiento apropiada a fomentar la cultura y la economía de todos los países y de hacer participar a todas las naciones, a todas las organizaciones, a todas las industrias e incluso a cada individuo en los progresos de nuestra época y en la reorganización y el desarrollo venideros e imponentes de nuestro continente.

CONSTANTIN CONSTANTINOFF, SOFIA:

Diplomacia nueva con espíritu nuevo

En las llamas de una lucha imponente se queman los residuos de un mundo que se hunde para hacer lugar a un nuevo orden en el que en nombre de la justicia social, de la independencia nacional y del bien general humano las naciones europeas formarán una nueva seguridad internacional para garantizar el progreso ulterior de la humanidad.

Los usurpadores de la plutocracia han declarado la guerra a los portadores de las ideas nuevas. Abusando del derecho del más fuerte pusieron a las naciones las cadenas de la esclavitud moderna y al mismo tiempo ocultaron hábilmente a esta esclavitud entre los bastidores de una diplomacia sin escrúpulos.

Somos testigos de los últimos esfuerzos desesperados de esta diplomacia desprestigiada que está agonizando. Precisamente estos últimos esfuerzos han repugnado a las naciones europeas porque representaban las páginas más funestas de la historia de la diplomacia. No existe medio de combate más detestable que el de poner al micrófono a unos aventureros internacionales que hablan entonces de los santos sentimientos de una nación de la que ya no saben nada si no es que les ayuda alguna casualidad. No hay ningún medio más abyecto para combatir a la resistencia que el del camuflage. Tampoco existe ninguna combinación más repugnante e impotente para apoyar a la llamada «democracia» que una alianza con su enemigo declarado para siempre — el bolcheviquismo. Estas últimas páginas negras en la historia de la diplomacia inmortalizan a la desaparición sin gloria de la Sociedad de las Naciones incapaz de vivir que fué creada por tratados de paz de una atrocidad sin par. Esta diplomacia es eternizada también por el ultimátum arrogante que fué dirigido a Finlandia después de haberla privado del derecho de luchar por su independencia contra el bolcheviquismo. Era la obra de aquellas potencias que muy poco antes habían admirado con entusiasmo a la lucha de Finlandia contra ese mismo enemigo y que la habían incitado a ella.

Como última página negra de esta índole se debe mencionar a la actitud indigna de esas mismas «democracias» frente al portador glorioso de las nuevas ideas en el Extremo Oriente, frente al

Japón, al exigir ciegamente de ese país la renuncia a su pasado, pasando por alto al presente y queriendo lanzarlo a la inseguridad terrible del porvenir hacia el que ahora van ellas mismas.

Esta página negra de la historia de la diplomacia es la *última* porque el ocaso trágico y sin gloria del sistema antiguo que está a punto de expirar se perfila evidentemente.

Ahora abriremos páginas más claras. Ha nacido una diplomacia nueva que ya al dar sus primeros pasos ha reunido en torno suyo a los corazones de las naciones europeas. Ya sienten el espíritu reparador del día que amanece y en el que vencerá la *justicia* internacional. En el ambiente de la disposición a cooperar desconocido hasta la fecha se plasma la solidaridad de las naciones europeas en medio de la lucha contra el bolcheviquismo. Con el espíritu de la consideración recíproca y de la *amistad* eterna se forma la base de la diplomacia nueva de cuyo ser se ha eliminado los arranques absurdos de la diplomacia inconstante del pasado que ha sido reemplazada por la disposición incondicional a cooperar para asegurar el bienestar futuro de la humanidad.

Sobre la política

La política no consiste en desempeñar su cargo o en tomar posesión de una embajada o en gritar mucho en una asamblea nacional o en correr excitado, hablando o escribiendo, alrededor de la tribuna: tal es la idea que la masa se forma de la política, igual cómo cree también que la filosofía consiste en discurrir desde una cátedra y a transformar sus conferencias en libros. Pero no se da cuenta que lo mismo la política que la filosofía se manifiestan continuamente y a diario en obras y acciones. Porque se dice que cultivan la ciencia los que van y vienen dentro de las columnatas pero no los que van al campo o los que visitan a un amigo. Más sin embargo la filosofía guarda afinidad con la política. Sócrates no hacía colocar bancos y no ocupaba ninguna cátedra y no designaba a sus amigos ninguna hora fija para la conferencia o la enseñanza sino practicaba a la filosofía bromeando, bebiendo, yendo a la guerra y a la feria con los demás según se presentaba la ocasión y por último dejándose detener y bebiéndose la cicuta. Él era el primero que enseñó que la filosofía abarca a la vida en todo su curso y en toda su dimensión, es decir con todas sus experiencias y con todas sus acciones. Lo mismo hay que pensar sobre la política.

*Dicaiarchos, filósofo griego.
Tercer siglo antes de Jesucristo.*

PROF. LUIS LE FUR, PARIS:

El Derecho Internacional

PENSAMIENTOS ACERCA DE UN ANTIGUO
IDEAL DE LA HUMANIDAD

Repetidas veces se ha expresado la opinión de que el Derecho Internacional carece de sentido en época de paz y nunca es respetado en tiempos de guerra y que es una institución anticuada que debería ser abolida. Todavía más: no ha habido aun una guerra grande en que el final del derecho internacional no haya sido anunciado.

¿Que hay de verdad en esos juicios sobre un Derecho conquistado por Europa aproximadamente desde el comienzo de la época de transición y que de siglo en siglo ha venido perfeccionándose? Eliminemos en primer término la objeción inicial y más extrema:

El Derecho Internacional ¿carece de finalidad en *tiempos de paz*? ¿Acaso porque en la paz se puede ir adelante sin el Derecho ya que la realidad misma de la paz, que significa calma en el orden, permite que todas las cosas se desarrollen según nuestros deseos? — Entonces, si la paz basta por si sola, no se necesita en tiempos normales absolutamente ningún Derecho en el Estado. Su necesidad no aparece notoria hasta que surge una guerra civil. Esto es lo que se desprende del sentido de la segunda afirmación básica; la supresión de todo derecho, tanto el Nacional como el Internacional, ya que en la guerra ningún derecho es respetado.

Es evidente lo absurdo de esta conclusión. No existe ninguna *comunidad* de hombres sin *Derecho* y sin *Moral*. El hombre es un ente moral y social, tiene sus leyes naturales que no ha *creado* caprichosamente, de igual modo que tampoco se ha dado a si mismo su propia naturaleza. Estas reglas podrán variar en algunos detalles y precisamente en la misma medida que en el hombre, dentro de ciertos límites condicionados por el clima y el país en que vive, se experimentan variaciones también. Pero todos los hombres tienen toda una serie de características substanciales comunes sin las que la convivencia sería imposible: el cumplimiento de los acuerdos libremente concertados, el respeto de la propiedad de los demás — (quién querría no ver respetados sus propios bienes por el vecino) — y finalmente la reparación del daño producido por la injusticia.

No hay ningún Estado que no reconozca esos principios fundamentales. También una infracción transitoria es disculpada por todo Estado apelando como argumento a otras normas del Derecho. El Derecho es para la comunidad humana *la totalidad de las reglas morales y económicas de la vida* cuya observancia es ineludible para la convivencia sin rozamientos dentro de un determinado grupo de personas. Por ello estas reglas han sido conformadas con fuerza de ley que faculta al poder social para hacerse respetar frente a las fuerzas rebeldes. Constituyen, además, el acuerdo general sobre los principios fundamentales que hacen posible la existencia de un Derecho Internacional común entre los pueblos civilizados.

Hoy existe una compenetración internacional. Es innegable que en nuestra época los Estados ya no pueden vivir aislados y sin relaciones entre si. *No existe ninguna comunidad sin Derecho.* Las abejas o las hormigas pueden vivir sin ajustarse a reglas derivadas de leyes establecidas para la colmena o el hormiguero, porque su instinto les basta y éste es inmutable. Pero el hombre no está dotado de un instinto infalible y certero: no vive hoy como hace cinco mil años. Una colectividad humana que no quiera vivir bajo la ley de la fuerza bruta, en situación de absoluta violencia, debe poseer un derecho a los principios cuya salvaguardia *debe* asegurar con ayuda de la comunidad caso de no ser respetados. No hay en todo el mundo civilizado ni una sola comunidad nacional que de una manera más o menos satisfactoria no haya realizado por si esa ley y adoptado para salvaguardarla medidas cuya gravedad es determinada por la importancia de la infracción.

Los adversarios del Derecho Internacional objetan a esto: teóricamente puede haber un Derecho Internacional, pero sin órganos ejecutivos. Esto es, si así se quiere, una especie de Moral pero nada más. Existe aquí, claramente, una laguna en el Derecho Internacional, pero para suprimirla se trabaja ya desde hace decenios. La Sociedad de las Naciones se había propuesto también esta finalidad. Precisamente y ya desde sus comienzos la Sociedad de las Naciones tuvo una vida ficticia que por un lado era demasiado universal y ambiciosa y por el otro carecía de todo poder. Sin embargo, nada hay que oponer a que en una estrecha y mejor organizada asociación, limitada, por ejemplo, a un continente, pudiera asegurarse el mantenimiento de la paz entre los Estados ajustándose a una fórmula igualmente válida para todos. La guerra internacional sería entonces una anomalía como lo es en nuestra época la guerra civil en el interior de los Estados. El Derecho Internacional podría llegar a ser entonces

para los Estados una nueva garantía exactamente igual que hoy lo es el Derecho Político para los ciudadanos.

La segunda objeción de que el Derecho Internacional nunca es respetado en tiempos de guerra, es decir, cuando realmente debiera ser más útil, es una objeción demasiado absoluta también. Incluso hallándose en guerra no puede ningún Estado civilizado permitirse obrar sin restricciones. Existe en todo momento un mínimo de reglas de caballeridad que un Estado que se estime a si mismo debe hacer obligatorias en sus Ejércitos. Estas normas siempre han tenido su valor aun cuando su desarrollo haya sido lento.

Se señalan, naturalmente, reincidencias de este tipo sobre todo en la guerra naval y aérea; pueden observarse precisamente en aquellos Estados que como Inglaterra y los Estados Unidos se erigen en sus Constituciones respectivas en «pregoneros» del Derecho Internacional. Sin embargo, ambas naciones se han hecho culpables de múltiples infricciones del Derecho Internacional tanto estando ya en guerra, como en época de paz cuando los Estados Unidos eran aun neutrales. Son seguramente casos únicos en los anales del Derecho Internacional que un Estado participe en el bombardeo de una ciudad abierta (como los aviones norteamericanos hicieron en Rouen) de un país con el cual todavía mantenía el agresor relaciones diplomáticas o, como en Madagascar, ayude a otra potencia a robar las colonias de un antiguo aliado.

El gran progreso en el Derecho Internacional sería la desaparición de la guerras nacionales como forma de resolver conflictos entre los Estados. Pero en tanto llegue ese progreso decisivo, que un día habrá de realizarse, sólo resta velar por el Derecho Internacional existente y recordar a los beligerantes el respeto y cumplimiento de las leyes de guerra que realicen por mar, tierra y aire. Esto no es imposible y así lo han demostrado en el transcurso de esta guerra algunos Estados que en ella luchan por su propia existencia. El desprecio de esas leyes sería para la humanidad civilizada un lamentable retroceso, una regresión a la barbarie de la que se pudo esperar hallarse definitivamente liberadas.

La vida es acción

La vida sólo puede mantenerse bajo la conclusión de poder ampliarse; vivir no es calcular sino actuar.

*Jean M. Guyau,
1854—1888.*

La fuerza de la idea política

Bajo la inspiración de un principio se lanzan los pueblos a la arena, nacen los grandes hombres, marchan las sociedades.

La sociedad no existe sino entre las inteligencias: la lucha no existe sino entre las necesidades. Por eso una idea es un principio de cohesión; un interés, un principio disolvente.

Alguna vez de en medio de un lago de sangre se escapa un principio que va a tomar posesión del mundo, o se anega en él otro que le ha esclavizado. Entonces Dios está allí; porque el teatro en que triunfa la inteligencia no es indigno de su gloria.



La libertad, la independencia, la religión y la gloria han producido todos los héroes, han inspirado a todos los conquistadores, han sostenido a todos los mártires; el interés no ha producido sino el letargo que adormece, y el egoísmo que mata. Todas las naciones que han dejado una huella estampada en el seno de los siglos al través de su gloriosa carrera, han crecido a la sombra de aquellos principios regeneradores.



Es ley de las revoluciones que necesitan, para nacer, desenvolverse y progresar del impulso de las ideas: por eso una revolución en la sociedad es un síntoma de que una revolución análoga se ha verificado ya en las inteligencias.

Las revoluciones son los fanales de la Providencia y de la historia: los que han tenido la fortuna o la desgracia de vivir y morir en tiempos sosegados y apacibles, puede decirse que han atravesado la vida y que han llegado a la muerte sin salir de la infancia. Sólo los que, como nosotros, viven en medio de las tormentas, pueden vestirse de la toga de la virilidad y decir de sí propios, que son hombres.



En cada época de la historia la justicia está representada por el principio llamado a la dominación, que es la expresión viviente de la armonía entre el derecho absoluto y las necesidades sociales: el poder que representa este principio, el que conserva esta armonía, es el solo legítimo sobre la tierra. El poder de un conquistador puede ser legítimo, si representa aquel principio

dominante; pero su legitimidad no nacerá de la fuerza, sino del principio encarnado en él. El poder que no representa el principio dominante de la sociedad, no solamente es ilegítimo, sino que también es débil: no comprendiendo la sociedad, no puede electrizarla, haciendo que se realicen como por encanto todas sus exigencias; y no teniéndolas en su mano para construir la fuerza pública, ellas se agitan sin dirección y sin sistema y producen los trastornos y las revoluciones.

Los gobiernos para existir necesitan ser el resultado de las necesidades sociales, el centro de todas las fuerzas, la reunión de todos los intereses. El poder público se compone de todos los poderes que dominan la sociedad; la fuerza pública de todas las fuerzas de los asociados: si el poder no reúne todos los elementos que vivifican las naciones, su existencia está condenada a una lucha efímera y su destino es la muerte. Si pudiera existir un gobierno perfecto, lo sería el que de tal modo reflejase la sociedad, que no existiera en ella ni un solo interés ni un solo principio que no tuviera en él su representación y no depositara en él la fuerza: entonces el gobierno no se diferenciaría de la sociedad, sino porque reunía en un punto armónico y luminoso todos los elementos que o pugnaban o estaban oscurecidos en ella. Este gobierno sería indestructible; porque no existiendo nada que tuviese acción y vida fuera de él ¿quién le disputaría el dominio? ¿cuál sería el campo de batalla?



Las constituciones, para que sean fecundas, no se han de buscar en los libros de los filósofos, porque sólo se encuentran en las entrañas de los pueblos.

Cada una de las sociedades humanas, como cada uno de los individuos que las componen, adopta para su vida interior un régimen especial, una marcha diferente: siendo cada una de esas sociedades con respecto a las demás un todo armónico, homogéneo, su régimen, si se le considera respecto al de las otras, debe ser también homogéneo y unitario: y como esa unidad y esa armonía no pueden existir sin un centro común desde donde se irradie la actividad social a toda la circunferencia, ninguna sociedad puede concebirse sin él: la juxta-posición de los individuos nunca podría producir un todo armónico que viviera con una vida propia; y no viviendo con una vida propia, la sociedad no sería un ser, sería un nombre, un agregado. Los gobiernos son centros de actividad social; y siéndolo son tan necesarios como las sociedades mismas.

La acción del gobierno se llama ley y acaba en donde acaban los derechos y los deberes sociales; manda en la plaza pública, dirige

la acción del ciudadano, pero respecta la conciencia del hombre. Las acciones de los individuos no tienen un nombre especial, consideradas en sí mismas: se refugian en los hogares domésticos. Ahora bien: entre los hogares domésticos y el fórum hay la misma distancia que entre el ciudadano y el hombre; y de la misma manera que el hombre influye en el ciudadano, los hogares influyen en el fórum y las ideas y las costumbres en las leyes.

¿Qué resulta de aquí? Que cuando entre el ciudadano y el hombre, entre las leyes y las costumbres, entre el hogar y el fórum, entre la acción pública y las acciones individuales hay correspondencia y acuerdo, hay también en las sociedades humanas prosperidad y armonía.



¿En quién residirá la omnipotencia? En el hombre fuerte: en el hombre fuerte e inteligente que las constituciones no adivinan y que el destino reserva ignorado de sí propio e ignorado de los pueblos, para oponer sus hombros de Hércules al grave peso del edificio que cae, de la sociedad que se desploma: en el hombre fuerte e inteligente que aparece como una divinidad y a cuya aparición las nubes huyen, el caos informe se anima, las tempestades se serenán.

El poder constituyente no puede localizarse por el legislador, ni puede ser formulado por el filósofo, porque no cabe en los libros, y rompe el cuadro de las constituciones: si aparece alguna vez, aparece como el rayo que rasga el seno de la nube, inflama la atmósfera, hiere a la víctima y se extingue.

Dejémosla pasar y no le formulemos.

Cuando rayan en su virilidad, las naciones no se inclinan ante un fingido poder, que es grande, pero inerte al mismo tiempo: se postran sólo ante un poder a quien sustenta la vida; ante un poder que puede lanzar el rayo desde su altura, que puede amparar a las sociedades con su escudo.

El equilibrio europeo

La imagen engañosa del viejo equilibrio político, sostenido tan solo por la coacción, todavía pretende seguir embaucando a los hombres a pesar de que tal equilibrio jamás ha sido mantenido en Europa. Hay que señalar a los pueblos otra estabilidad equilibrada: la justicia.

*Ernst Moritz Arndt,
1803.*

NICOLAI FREDERIK SEVERIN GRUNDTVIG,
HISTORIADOR Y POETA DANES, 1782—1872:

Vida y ciencia

La ciencia solo existe por amor de la vida, de la vida humana.

La explicación de la vida humana con todas sus condiciones naturales e históricas es el alto fin que ennoblece a la ciencia y concilia a todos los grandes esfuerzos desde el del matemático hasta el del poeta, desde el del investigador de palabras hasta el del compilador de pensamientos.

Ninguna nación que se consagre con ahinco a una ciencia tal puede ignorar su importancia.

Ciencia popular o *vulgarización científica e instrucción del pueblo* bien comprendidos en el sentido espiritual, ese es el paso militante necesario que hace falta dar sin pérdida de tiempo si se quiere prevenir a la descomposición, salvar a la vida nacional y desarrollar a la ciencia.

Es preciso comprender en su diferencia esencial a la erudición por un lado y a la instrucción y la capacidad para la vida, la vida humana y civil por el otro; bien es posible reunir las dos pero no en la masa y no deben confrontarse hostilmente sino deben quedar separadas porque de lo contrario tienden a eliminarse mutuamente, estropeándose y echándose a perder de por sí.

Una academia burguesa e hidalga o como se quiera llamar a un instituto superior de esta índole para la instrucción popular y el trabajo práctico en todas las asignaturas principales es evidentemente la gran necesidad en todos los países que pide satisfacción y debe ser satisfecha pronto tanto por amor de la comunidad civil como por amor de la ciencia. Este instituto ha de significar una verdadera *potencia espiritual* por la que la vida y el momento mantienen sus derechos imperdibles, fácilmente desconocidos por los eruditos. En el centro de su instrucción ha de hallarse la patria en todo su naturalidad y con toda su historia y a ella hay que aplicar la vida real y las exigencias del momento. Partiendo de este centro común el instituto se explayará sobre todas las tendencias principales de la vida práctica y debe esforzarse por juntar y reunir en él a todas las energías civiles.

FRIEDRICH VON GENTZ,

PUBLICISTA Y POLÍTICO ALEMÁN, 1764—1832:

Sobre la libertad

En una época en la que los terremotos más terribles estremecen al mundo político, en una época en la que las opiniones opuestas sobre el carácter y el valor de la libertad han llevado una parte de la humanidad a luchar contra la otra casi en toda Europa, aquí más pacíficamente, allá con más violencia, aquí embrionariamente, allá en explosión horrorosa, es la necesidad suprema y más urgente, es el deber más indispensable de todo hombre capaz de pensar el darse cuenta rigurosísima de sus propias ideas y antes de que se atreva a levantar su débil voz en esta gran discusión que preocupa a tantos cerebros, a la que están vinculados tan múltiples intereses y cuya solución espera todo un mundo excitado examinar con seriedad profunda a los conceptos fundamentales de todo razonamiento político y aclararlos empleando todas sus energías.

Libertad absoluta se halla únicamente en el estado primitivo. Aquí donde el hombre no conoce a otro juez que a si mismo, donde no le liga ningún tratado, donde ninguna potencia exterior posee un derecho de mandarle, donde él solo disfruta, él solo sufre, él solo actúa, donde solo persigue sus fines, solo arrostra sus peligros aquí no existen otros límites de su libertad que los que le ponen *interiormente* la ley moral y *exteriormente* los límites de sus fuerzas físicas. Ninguna voluntad ajena puede ponerle cadenas legítimas. Es señor y dueño absoluto sobre lo que supo adquirirse y sobre lo que ha sido capaz de crear y de producir. Después de haberse salvado del poder ciego, después de haber vencido al ataque ya no existe nada en el mundo que podría violar su independencia.

Si la *libertad ilimitada* sería el único o solo el primer bien del hombre tendría que ser su deseo principal, su empeño supremo — eternizar este estado. ¿Era ese su fin, era ese su destino? — Toda alma se rebela contra tal pregunta. Infancia eterna sería más tolerable que salvajismo eterno. El hombre primitivo libre es el más encadenado de todos los esclavos. Por no reconocer por señor a ninguno de sus semejantes lo tiraniza la creación animal e inanimada. Por no tener nadie el *derecho* de mandarle tiene que temblar a cada momento ante la *violencia* del más fuerte que se le acerca. En esto no disfruta realmente de su libertad desnuda.

Solo no puede adquirir nada, solo no puede inventar nada, solo no puede ejecutar nada. Precisamente porque su libertad abarca todo no le otorga nada. Sus instintos, sus necesidades, sus inclinaciones y su razón le impulsan con su omnipotencia unida — a abandonar este estado.

En cuanto el hombre entre en una unión social termina la libertad absoluta. Las ventajas innumerables de una unión tal no pueden afluirle de balde ni mucho menos; tiene que pagarlas. Tiene que sacrificar una parte de su libertad natural para usar con el resto en bien de su felicidad, de su instrucción, de su perfección exterior e interior. Tiene que decidirse en favor de este sacrificio para asegurar él mismo la existencia de su libertad contra el peligro de devenir un mero título, un son y una nada. Al partir de este momento es *solo tan libre* como puede serlo si ha de durar la unión, solo posee la libertad permitida por el libre contrato que ha celebrado con sus hermanos.

Libertad civil en el sentido más amplio de la palabra no es otra cosa que libertad natural previa deducción de aquella parte suya *sin cuyo sacrificio no puede mantenerse ninguna unión social* — más la unión social no existe en ninguna parte como idea abstracta. Donde se la halle también están determinadas las circunstancias, las condiciones y las restricciones bajo las que pueda existir en este o en otro lugar, en este o en otro lapso de tiempo. Con respecto a la totalidad de todas estas disposiciones se llama *Estado* a la sociedad civil. La libertad del individuo dentro del Estado es la *libertad política*. Libertad política es libertad civil precisada. Libertad política es por lo tanto libertad natural previa deducción de aquella parte suya sin cuyo abandono no se mantiene un Estado.

El primer aspecto de esta definición sencilla denota la conformidad esencial y la diferencia esencial entre la libertad natural y la política. Libertad política no es una especie particular, no es una propia clase de libertad. Es la libertad natural misma según tiene que existir bajo ciertas condiciones. Pero precisamente lo que explica estas condiciones inicia en los rasgos característicos de la libertad política. Tratándose de ella siempre se habla de medida, de grandeza, de proporción. Vale un más o un menos. Jamás se la puede precisar justa y claramente y ni siquiera meditar sobre ella sin tomar en consideración ninguna otra cosa. En una palabra: libertad política no es ningún concepto absoluto sino un concepto relativo.

En efecto es asombroso qué daño han causado en el mundo errores lógicos al extenderse en una infinidad práctica. Si los

que en pro de la libertad derramaron sangre a mares y a menudo revolucionaron a los fundamentos de la unión social se hubiesen elevado solo una única vez por encima del caos y del vaho de conceptos indeterminados, si se hubiesen resuelto a preguntar en serio: ¿qué es esta libertad que por vías tan terribles ha de fundar su dominio? — ¡cuánta miseria hubiese sido evitada a la humanidad, cuántas destrucciones a los Estados más florecientes! Desde siempre la libertad política fué tratada por la opinión pública y por los sistemas de sus maestros de miras estrechas o trapaceros como una energía fundamental propia, como un principio original político particular y misterioso, como una verdadera qualitas occulta. Pero precisamente por eso su influencia sobre el espíritu lo mismo que la influencia de aquella idea oscura, ilimitada y mística se hizo tan poderosa y tan terrible donde las circunstancias lo deseaban. Precisamente por eso devino el grito de guerra en todo motín del vulgo y la consigna de todo rebelde ansioso de gloria. Todos los que creían rendir homenaje a la libertad revolucionando Estados y sepultando masas y masas de hombres en miseria y en desolación, más o menos y sin darse cuenta ellos mismos estaban entusiasmados por el proyecto absurdo de trasplantar la libertad del estado primitivo a la sociedad civil. Solo porque jamás habían mirado agudamente a la cara al monstruo que querían entronizar doblaban la rodilla ante él; solo porque no conocían al ídolo al que debían ceder todos los dioses del mundo le sacrificaron millones.

De «Europa», 1804

Dejadnos levantar nuestra mirada por encima del estrecho presente, dejadnos considerar como lo que absorbe completamente al hombre corriente, su ambiente, el círculo de sus experiencias de la vida será pronto solo un punto en la historia; como no dejan rastro miles de tentativas perseguidas con tanto clamor y otras parecerán a la posteridad pequeñas e insignificantes; dejadnos alcanzar un punto de vista desde el que veremos acaso a todo esto no ya como algo aislado, sino como una transición, una preparación, precisamente como aquel proceso de combustión. Para la consideración realmente histórica generaciones y siglos enteros forman un solo suspiro de la estirpe humana, una sola pulsación de sus energías vitales.

*August Wilhelm von Schlegel,
Escritor alemán, 1764—1815.*

Visión de un gran soberano

Un gran soberano tiene un corazón regio y un carácter noble. No omite tributar homenaje de veneración a la Divinidad. Manifiesta sumisión, amor respetuoso y simpatía cariñosa a sus padres que vivan o que hayan fallecido. A sus hermanos acoge con benevolencia. Con necesitados y extranjeros se porta afectuosamente. Se esfuerza por agradar a los conciudadanos nobles y al mismo tiempo se preocupa por los intereses comunes. Ama a la riqueza pero no a la que se manifiesta en oro y en monedas sino a la que consiste en el cariño y en los servicios leales de numerosos amigos. Valiente y generoso por su naturaleza no ama a la guerra y aborrece a la discordia entre los ciudadanos. Pero si alguien se dirige contra él impulsado por una feliz coincidencia o por su propia maldad, entonces se levanta denodado y lo rechaza con pleno vigor. No deja de luchar hasta que no haya extirpado a la potencia del enemigo y hasta que no la haya vencido por completo. Si sus armas han sido victoriosas deja la espada a un lado y tiene por indigno matar o estrangular al que ya no puede defenderse. Como amigo del trabajo colabora en la obra de todos. Se encarga de la tarea suprema y comparte con otros tanto el premio como los peligros. No alegrándose ni con mucho de su riqueza mayor solo le hace feliz poder derrochar sus beneficios en abundancia y darle a cada uno lo que necesite.

El soberano es un amigo de los ciudadanos y de los soldados y vela por su pueblo como un pastor por su rebaño. Para que este crezca, florezca y tome incremento lo conduce a pastos fértiles y pacíficos. Ejerce a los soldados en valor y en vigor. En ellos ve a los compañeros de su obra y a los defensores de su pueblo. Desea que sean leales para con sus jefes porque sabe que ante todo la disciplina basta a veces para salvar la situación en la guerra incluso sin otra ayuda de ninguna clase.

Trata de educar a los soldados no por persuasión y violencia sino que comienza por mostrarse el mismo tal como lo exige el soldado. Se abstiene de todas las distracciones, no codicia ninguna riqueza, no expolia a sus súbditos. Se priva del sueño y odia a la ociosidad.

Los súbditos de tal soberano siempre serán leales para con el si deja la primacia a las inclinaciones de su alma que son regias y soberanas por su naturaleza.

Tal es la imagen del noble jefe del ejército. Su influencia benéfica no se limita solamente a conjurar a los peligros exteriores. Sigue de cerca con mirada alerta al ciudadano que se opone a la ley abusando de su poder. Vigila al enemigo amenazador de sus fronteras.

Es el guardián de las leyes y al mismo tiempo el mejor legislador si el destino lo exige.

Cuida del derecho y de la justicia. No favorece ni a su padre, ni a su madre, ni a sus parientes, ni a sus amigos a costa de la lealtad. Porque para él vale el principio que la patria es para todos la casa común, una madre mayor y más venerable que la que le dió la vida y más apreciable que hermanos, huéspedes y amigos.

La ley es la hija de la justicia, la santa marca del Dios grande.

Ese es el ideal al que aspira un soberano generoso y un amigo de la Divinidad. Por los vínculos de la amistad debe comunicar su grandeza a los súbditos para de este modo aproximarse de ellos. A cada uno le asigna la tarea que corresponda a su naturaleza y a sus principios. Al hombre valiente, emprendedor, magnánime e inteligente le entrega el mando militar para que este lo ejerza si es preciso con vigor y fuerza de decisión. A los justos, indulgentes y caritativos los encarga de la regularización de tareas civiles. Quien reúne en sí las dos disposiciones merece el honor y el poder supremo.

El soberano ideal observa y dirige el mismo a los que manda, inspecciona a los empleados que están al frente de los sectores más importantes del trabajo y de la administración y que participan con él en las deliberaciones sobre el bien común. Les manda mostrarse dignos y parecidos a él.

Todos los súbditos amarán a este soberano como a un buen espíritu, como a su bienhechor. Le darán las gracias a Dios que les otorgó a este hombre a implorarán todas las bendiciones para él no solo con los labios sino del fondo de su corazón.

La fe en Europa

Tal es la fe que yo tengo en la virtud progresiva, en la energía vital de la civilización europea, que ni siquiera puedo concebir que muera una nación que esté en su seno poderoso y vivificante.

*Juan Valera, poeta,
1824—1905.*

CARL GUSTAV CARUS,

NATURALISTA Y PINTOR ALEMÁN (1789—1869):

El imperio de lo inconsciente

Igual que en el alma del hombre se halla una vacilación constante entre el imperio de lo inconsciente y de lo consciente extendiéndose el último tanto más que el primero retrocede pero siempre de modo que la región inconsciente no queda nunca absolutamente suprimida, también en la historia de la humanidad existe una lucha tenaz entre lo que solemos llamar natural y evidente y lo misterioso, admirable, *mágico* en una palabra. Cuanto más se desarrolla la inteligencia, cuanto más lejos alumbra la antorcha de la ciencia tanto más se reduce el imperio de lo misterioso y de lo mágico pero jamás se le elimina ni se le aclara por completo; porque por mucho que se pudiese descubrir y revelar a todas las relaciones, a todas las circunstancias de la vida natural cada pregunta por nuestra existencia espiritual, por nuestro nacer y morir y por su causa primitiva y extrema siempre nos conduce de nuevo a las puertas de secretos antiquísimos ante los que nuestra razón sigue esperando y seguirá esperando eternamente aunque no hayan cesado sus intentos de encontrar la entrada dando golpes repetidos desde hace miles de años.

Pero tampoco en las regiones visibles del mundo termina lo misterioso lo incomprensible y si hablando del imán ya Plinio exclama: «*Quid enim mirabilius?*» nosotros bien podemos decir que hemos llegado a conocer a una cantidad de fenómenos en el imán que eran perfectamente desconocidos a ese romano y que ahora podemos emplearlo de un modo que no ha vislumbrado siquiera pero ante el primer hecho sencillo que el imán atrae y sujeta al hierro y que puede transmitir esta calidad a otro hierro rozándolo estamos todavía igual de admirados y forzados a reconocer a un misterio profundamente encerrado. —

¡Pero encontramos misterios parecidos a cada paso en el reino de los fenómenos de la naturaleza! — ¿Quién nos dice cual es la potencia dirigente que causa a las migraciones de los pájaros y de los insectos, de los peces y de los conejos de Noruega? ¿Quién nos explica el último misterio de la fecundación? — ¿Quién nos prueba el porqué nos destruye una gota de ácido prúsico, porqué un átomo de veneno de serpiente paraliza casi instantáneamente a nuestra circulación sanguínea? — ¿Quién por último es capaz de aclarar suficientemente y a fondo a la suspensión admirable del sueño aunque nosotros mismos la experimentamos a diario?

Pero sí hay algo que el primer golpe de vista sobre todos estos misterios permite comprender pronto y es la coherencia directa y exacta entre todos estos secretos y esta magia y precisamente la región que designamos en general con el término de *inconsciente*. Donde el sentido comprende y distingue claramente, donde el conocimiento es capaz de deducir sus conclusiones de causas y consecuencias con agudeza y exactitud allí termina el imperio de la magia, se desvanece el atractivo del milagro y ha caído el velo del misterio. En cambio todo lo que dentro de nosotros mismos se esconde en la noche de lo inconsciente, todos los fenómenos exteriores que llevan velado en si al fondo más profundo de una vida natural específica e inconsciente y lo llevan tan velado que la sonda de nuestra investigación no llega jamás hasta sus profundidades, todo eso es la región verdadera que desde los tiempos antiguos fué consagrada a la Maja, la región que con la misma frecuencia por un lado ha sido una mina de ricas creaciones poéticas y por el otro lado con no menos frecuencia se hundía formando un abismo en el que el trastorno desbocado del espíritu humano entregó a miles a las supersticiones más bárbaras.

Lo inconsciente dentro de nosotros es un misterio eterno para si mismo igual que la naturaleza en torno nuestro permanece constantemente un misterio para si misma; incluso bien podemos decir que eso inconsciente en si es nuestra naturaleza más propia y más verdadera — perteneciendo a esa naturaleza de la que dice *Goethe* con tanto acierto en una de sus disertaciones más profundas pero también menos conocidas: «Vivimos en medio de ella y le somos ajena. Nos habla constantemente y no nos revela su secreto. Constantemente accionamos sobre ella y sin embargo no la tenemos nunca en nuestro poder. Parece haberlo esbozado todo para la individualidad y no hace caso de los individuos. Construye siempre y destruye siempre y su laboratorio es inaccesible. Ha pensado y medita constantemente; pero no como hombre sino como naturaleza. Se ha reservado un sentido propio universal que nadie puede espiarle. Según lo hace puede seguir haciendolo siempre. A cada uno le aparece bajo un aspecto particular. Se esconde tras mil nombres y formas y es siempre la misma.»

Mucho tiempo la ciencia andaba desorientada intentando directamente a desprender de la verdadera entidad de nuestro ser y de nuestra genesis, es decir del alma, a esas tendencias de lo inconsciente en las que lo mismo se basan todos los misterios de la vida formada como dependen de ella la asombrosa atracción y repulsión de los sentimientos e incluso la virtud curativa propia de nuestra naturaleza a menudo milagrosa en casos de enfer-

edad; en cambio intentaba explicar a todo esto con el término de «vitalidad» o cualquier otro por el estilo como algo que no fuese psíquico sin adivinar que precisamente en esto no se debía haber perdido de vista jamás a lo profundamente *psíquico*.

Donde ya *Aristóteles* había comprendido tan justamente a la verdad diciendo: «En un cuerpo normalmente estructurado el alma es la realidad primera» allí a menudo los ulteriores iban tentando en incertidumbre e incluso en lo absurdo llegando por último a pensar y a explicar directamente como una máquina es decir como una combinación de distintas energías y partes al organismo que solo es comprensible como *unidad*.

Ya en otras ocasiones he dicho varias veces mi opinión sobre estas cosas y debo llamar aquí la atención de todos los que deseen seguir estas reflexiones hasta su más profunda raíz sobre mi «Órgano para conocer a la Naturaleza y al Espíritu» en el que están explicados más detalladamente los motivos más determinados que inducen a seguir este camino; por el momento basta que califique a lo inconsciente de la naturaleza y de nuestra alma breve y directamente de «*algo divino*».

Porque lo mismo que conduce a los planetas por sus orbes y lo que determina a la cristalización de los copos de nieve igual que al desarrollo del pollito en el huevo, lo mismo que tanto regula al desenvolvimiento de la planta que domina al impulso enigmático del ave de paso o del insecto siempre y en todas partes es una *revelación general del espíritu divino eternamente creador*.

Ahora contemplemos bien con nuestros ojos espirituales a esto divino mismo; por un lado se manifiesta en los infinitos movimientos interiores del cosmos y por el otro lado crea y motiva igual de inconscientemente a la organización y a la vida de nuestras venas y de nuestros nervios; así ya prepara al terreno del que brota por fin la flor del espíritu individualmente consciente y al mismo tiempo otorga la explicación porqué es preciso que este mismo espíritu esté constantemente impregnado y animado en sus sentimientos y pensamientos por las influencias del mundo ya conscientes, ya inconscientes y porqué tiene que repercutir también en ellas constantemente; entonces cae por último la barrera restringente.

¡Es cierto! no es la naturaleza doble del hombre de cuerpo y alma comprendida del modo corriente pero si el ser doble de toda nuestra existencia psíquica dividida en lo consciente y en lo inconsciente lo que al conocerlo brinda la llave verdadera para comprender a sucesos innombrables de nuestra vida y que en general hemos designado más arriba con el nombre de mágico.

La orden interior

El mundo es un único organismo; en todas partes es igual la materia de la que fué hecha; debe haber necesariamente un movimiento circular, lo uno tiene que ceder el puesto a lo otro, lo uno tiene que desaparecer cuando lo otro nace, lo uno se queda en su sitio, lo otro se va moviendo.

Todo obedece al universo, todo le sirve: la tierra y el mar, el sol y los demás planetas, las plantas y todos los seres vivientes del mundo. A él obedece también nuestro cuerpo que está enfermo y sano según la voluntad del cosmos que florece y decae al nacer y al morir. Por eso es razonable que tampoco le oponga resistencia lo que tenemos en nuestro poder o sea el juicio. Porque el universo es poderoso y más fuerte que nosotros, reinando sobre todo y también sobre nosotros. Resistirse contra él es irrazonable y acarrea únicamente esfuerzos inútiles, dolor y tristeza.

¿No os fué concedida la facultad de soportar todo lo que os suceda? ¿No tenéis grandeza de alma, valor, firmeza? ¿Qué puede ocurrirme si tengo magnanimidad? ¿Qué puede desconcertarme y preocuparme? ¿Qué puede parecerme doloroso? ¿No puedo utilizar mis facultades para lo que me han sido otorgadas? ¿He de lamentarme y de quejarme acaso de lo que me sucede?

¿Qué crees tú que hubiese sido de Hércules si no hubiera habido aquel león, esa hidra ni ese ciervo, ningún jabalí, ningún malhechor y ningunos hombres salvajes que él ahuyentó y de los que libró a su país? ¿Qué pudiera haber hecho si no hubiese existido nada de todo eso? Se hubiera arrollado y echado a dormir, ¿verdad? Pero seguramente no hubiese llegado a ser el Hércules si se hubiera pasado toda su vida durmiendo. Y si hubiese llegado a ser el Hércules fuerte ¿de qué le hubiera servido su fuerza? ¿Qué valor hubiesen tenido sus brazos, su vigor, su tenacidad, su valor implacable, si no le hubieran incitado y amenazado tales peligros y obstáculos?

¿No sabes que te hallas como en una campaña? Uno debe hacer guardia, el otro ir al reconocimiento y otro enfrentarse con el enemigo. No es posible que todos estén en el mismo puesto y tampoco convendría. Pero tú dejas de hacer lo que

te ha encargado el jefe, te quejas si te toca una tarea más difícil y no sospechas siquiera en qué apuro pones al ejército; si todos seguirían tu ejemplo entonces ya nadie abriría una trinchera ni levantaría empalizadas, ni haría guardia, ni se arriesgaría a una empresa; asistiría a la campaña como un hombre inútil.

Otro ejemplo: Si vas en un barco como marinero quédate una vez tendido en un sitio sin moverte, niégate cuando has de subir al mástil o has de ir a cubierta — ¿qué timonero toleraría eso? ¿No te arrojará al mar para escarmiento de los demás marineros? Lo mismo ocurre en este caso. La vida de cada uno es una especie de servicio militar y este es largo y borrascoso: has de ejecutar todo según la voluntad del jefe, incluso si fuese posible anticiparte a su deseo.

Estás encargado de un puesto principal, no de uno subalterno; perteneces al concejo. ¿No sabes que un hombre así no se puede preocupar mucho de sus asuntos familiares, que está fuera a menudo sea con su jefe o sea al mando de otro, por orden de algún funcionario o en el frente o administrando justicia? ¿Y tu quieres permanecer siempre en un lugar arraigado como una planta? Si, eso me agradaría. ¿Quién no lo diría? También agrada un caldo, también es agradable una mujer hermosa. ¿Qué otra cosa enseñan los que ven su finalidad en divertirse?

Qué otro deseo les queda a esos que dormir como y cuando se les antoje, bostezar al despertarse con toda tranquilidad, lavarse después la cara, escribir y leer entonces lo que quieran, charlar un rato para dejarse alabar por sus amigos digan lo que quieran, pasearse un poco y tomar un baño, cenar después y volver a dormir en una cama como se entiende por sí mismo para esta clase de gente — ¿qué más quieres que diga? El final cada uno mismo puede contarlo.

¿Qué vais hacer, infelices? Como ciegos andais a tientas extraviados de un lado para otro, os habeis apartado del camino recto, buscáis la tranquilidad y la dicha donde no están; y no vayais a creer cuando os la enseñan. ¿Porqué la buscáis en lo exterior, en el cuerpo? Allí no está; mirad al Miron y al Ophellio. ¿La buscáis en la propiedad? Allí tampoco está, pero vosotros no lo creéis. Pensad en Creso, ved los ricos que pasan su vida en tristezas.

Examina una vez quien eres tú.

Primero eres un *hombre*, es decir alguien que no posee nada superior a su libre voluntad; todo lo demás le está subordinado,

mientras el mismo no es el esclavo ni el servidor de nadie. ¡Examina después de quien te distingues por la razón! Te distingues de las fieras lo mismo que de los borregos.

Además eres un *ciudadano* de este mundo, una parte de el, no como subordinado sino como privilegiado porque te das cuenta de la coherencia y del orden de las cosas. Ahora ¿que se exige de un ciudadano? Que no posea nada únicamente en su propio beneficio, que no juzgue de nada como si el solo fuese competente, sino más bien como si fuera una mano o un pie dotado de razón y podría comprender la organización de la naturaleza. Pensando de este modo nadie intentaría, desearía o realizaría nada que sería en contra del todo. Por eso tienen razón los filósofos al decir: si el ciudadano honrado preveería el porvenir, él mismo se procuraría enfermedad, muerte o cualquier otro mal físico si supiera solamente que esto le está asignado por el gobierno del conjunto; *el conjunto es más importante que una parte*, el Estado más importante que un ciudadano. Pero ahora como no conocemos de antemano al porvenir es nuestra obligación hacer siempre lo mejor que esté en nuestro poder.

Luego piensa que eres un *hijo*. ¿Qué exige de ti tu condición de hijo? Mirar todo lo que sea tuyo como propiedad de tu padre, obedecerle en todo, no criticarlo jamás, no decir ni hacer nada contra él que podría perjudicarlo, cederle en todos los respectos, tolerar que haga lo que quiera y ayudarle con todos los medios a tu alcance.

Además considera que eres un *hermano*. Y también en esta condición te conviene complacencia, afabilidad y la buena fama de no querer apropiarte jamás de lo que no te corresponde, de consentir gustoso a que te quiten algo para ganar tu más en lo que realmente sea tuyo.

Luego; si perteneces al concejo de cualquier comunidad se verdaderamente un *concejel*; si eres un *joven* selo de veras; si eres un *hombre* portate como tal; ¡si eres un padre se padre de hecho! Pues al contemplar cada una de estas designaciones de condición implican ya lo que cada uno debe hacer por cumplirlas. Mirate como digno de devenir un hombre maduro. Y todo lo que te parezca lo mejor sea una ley sagrada para ti. Que se trate de algo penoso o agradable, de algo glorioso o sin gloria, piensa siempre: ahora importa luchar, aquí está el Olimpo y no vale ningún a lazamiento.